

La Ilustración Artística

Año XXXII

BARCELONA 14 DE ABRIL DE 1913

Núm. 1.633

ROMA. - EXPOSICIÓN DE LOS SECESIONISTAS



MIS HIJOS, grupo escultórico de Juan Nicolini

(De fotografía de Carlos Abeniacar.)

SUMARIO

Texto. - De Barcelona. *Crónicas fugaces*, por M. S. Oliver. - *Alma de tejanta*, por Carlos Rahola. - Roma. *Las Fiestas Constantinianas*. - Barcelona. *Notas de actualidad*. - *La cuestión de Oriente*. - Madrid. *Recepción del Nuncio en Palacio*. - El Dr. Benloch. - Lord Wolseley. - El Zeppelin IV. - Los Fabrecé (novela ilustrada; continuación). - *Actualidades matritenses*. - Barcelona. *El Salón del Automóvil en el Turó Park*. - Madrid. *Notas de actualidad*.

Grabados. - *Mis hijos*, grupo escultórico de J. Nicolini. - Dibujo de Luisa Vidal, que ilustra *Alma de tejanta*. - *Retrato de la princesa María del Piar de Baviera y de Borbón*, obra de Elena Muehlthaler. - Roma. *Fiestas Constantinianas*. - Barcelona. *Banquete de 2.000 cubiertos. Sesión inaugural del primer Congreso de Industrias Metalúrgicas*. - *La cuestión de Oriente*. - *Rosas blancas*, cuadro de P. Gudenzi. *Roma eterna*, escultura de A. Mistruzzi. - *Viento de mar*, cuadro de P. Mariani. - *Barbara*, cuadro de E. Lione. - *La novia*, cuadro de A. Zarraga. - *La voz interior*, escultura de Rodin. - *Busto de Jesucristo*, por I. Mestrovic. - *Notas de Madrid y Barcelona*. - *El vizconde de Wolseley*. - *El doctor Benloch*. - *El Zeppelin IV en territorio francés*.

DE BARCELONA. - CRÓNICAS FUGACES

Las *Obras completas* de Juan Maragall, cuya publicación se anunció a raíz de la muerte de nuestro inefable poeta, son ya un hecho. En menos de un año han sido compilados, impresos, dotados de índices de nombres y materias, y repartidos o puestos a la venta los diez robustos volúmenes de la gloriosa colección.

He aquí, pues, un caso que bien merece ser señalado con piedra blanca; porque las iniciativas de nuestro país - aun en Cataluña que goza fama de más emprendedora que el resto de la nación - , suelen obedecer con frecuencia a entusiasmos pasajeros, distinguiéndose por su falta de constancia y remate. Tan pródigos en proyectar grandes cosas como parcos en terminirlas, una estadística de las «primeras piedras» que quedan aquí sin monumento, de los edificios a medio levantar, de las iglesias sin cúpula y de las fundaciones abandonadas y sin prosecución; una estadística así, había de resultar verdaderamente asombrosa.

Únicamente en ese capítulo o ramo de las «obras completas», proyectadas como tributo póstumo a los muertos ilustres o distinguidos, habría mucho que decir o contar. Véase, pues, si hay motivo para anotar con júbilo la terminación de las de Maragall, en la que han porfiado la amorosa piedad de su viuda y el celo patriótico y la decisión de D. Gustavo Gili, editor tan ventajosamente conocido. Hay que revertir de formalidad a la vida española: y cada acto que acentúa esa formalidad, que supone observancia de los compromisos contraídos y hace honor a las promesas, debiera considerarse como algo muy meritorio y de gran valor educativo.

Con estos diez volúmenes queda entregada a la posteridad, íntegramente, la producción del excelso escritor barcelonés. Puede decirse que ahora se abre para él la posteridad verdadera, ya que sus obras empiezan a surcar los grandes mares del tiempo y a desafiar el viento de la historia. Desde la orilla, démosles nuestro adiós, mientras se internan en el pélagos, de cara a lo futuro, para luchar con el vaivén de los olvidos y las modas. Hasta ahora las hemos juzgado a la luz de nuestro afecto, de nuestra amistad, de nuestra simpatía. Ahora empezarán a vivir su vida independiente y substancial, como las ideas de Platón, vitales por sí mismas y desprendidas de toda realidad contingente.

Creo que este viaje a la eternidad puede arriesgarlo la obra de Maragall, porque fué engendrada y escrita mirando a lo eterno. Pocas veces se habrá dado el caso de un publicista, y menos de un periodista, que supiera desprenderse, como él se desprendería, de todo lastre transitorio, para elevarse a la región de lo general y absoluto. Decían los griegos que el tiempo sólo respeta lo que se ha hecho contando con él; y de esta suerte es la mejor parte de la labor de Maragall. Ahora, al repasar cariñosamente esos volúmenes con una mirada de conjunto y al profetizar sobre su suerte futura, he recordado lo que Plutarco dice de los grandes monumentos de Atenas que Pericles mandó construir: «cuando el artífice los entregó parecían ya ennoblecidos con el prestigio de las centurias y ahora que han pasado algunos siglos ostentan la frescura de la juventud.»

* *

Con la venida de los Mutualistas franceses, con la inauguración del «Casal Popular», con el Congreso de Industrias metalúrgicas parece haber empezado para Barcelona aquella característica actividad de su primavera, retardada este año por las lluvias y el mal tiempo fuera de sazón que las últimas semanas han traído consigo.

Los Mutualistas franceses que acababan de celebrar

su Congreso en Montpellier encontraron en Barcelona, además de cordial y espléndida acogida, un florecimiento que acaso no sospechaban de esa propia mutualidad, objeto de su reunión. Las visitas, las expediciones y los banquetes celebrados en su honor dejaron en los viajeros una impresión de Barcelona y de España más excelente de lo que suele reflejar la prensa francesa, aunque, como ahora, se trate de coronar nada menos que con una alianza de carácter general el tratado sobre Marruecos.

Los brindis y saluciones que se cruzaron en tales entrevistas fueron muy cordiales, si bien respondían a esa cordialidad impuesta por la costumbre y estaban cortados por el patrón oficial. Los votos que por una y otra parte se hicieron, expresaron claramente la aspiración a una intimidad cada día mayor entre los dos pueblos vecinos y parientes, con parentesco de raza, de historia, de ideal. Y aun dejaron traslucir que si España hubiese de decidirse por alguna alianza y salir de su neutralidad en lo sucesivo, esta alianza no podía recaer en otra potencia que la República francesa.

Ciertamente sería una posición difícil y casi insostenible, en el terreno de la política internacional, la alianza con Alemania, por ejemplo, mientras somos los colindantes de Francia en la Península, los colindantes y colaboradores de la misma nación en Marruecos. Trabajar unidos en este empeño colonizador y andar desacordes en todo lo demás, no hay que pensarlo. Razones de conveniencia para las instituciones actuales aconsejan, también, no indisponerse con los expresados vecinos o, cuando menos, pensar muy mucho las ventajas y compensaciones que pudiéramos hallar siguiendo la otra solución.

Ahora, de esa actitud prudente, de esa colaboración leal y afectuosa en lo de Marruecos, puesto que la historia y los compromisos internacionales lo han dispuesto de este modo, a contraer más estrechos compromisos y deberes va una gran distancia. Ni creo que esta suerte de alianzas ofensivas y defensivas sean verdaderamente fecundas y compensen sus innegables riesgos, si no tienen por base, además de las estipulaciones diplomáticas y los protocolos, una verdadera y mutua estima de los pueblos respectivos, como tales pueblos.

Y ¿es éste el caso en que nos encontramos? La literatura oficial y los *toasts* de ministros y embajadores dirán cuanto quieran; la realidad es, por desgracia, harto diferente. En España no hay desafecto para la vecina nación y si se encuentran algunos resabios de él, fuerza es culpar a las agresiones y desaires que hemos recibido. Una parte muy considerable de nuestra juventud intelectual se encuentra orientada hacia Francia casi en absoluto.

Pero allí las cosas varían de aspecto y puede afirmarse que no se nos quiere y que esos conatos de alianza han venido a coincidir con el periodo en que las diatribas, los sarcasmos y la desconsideración han sido más continuos e implacables. Muy doloroso es tener que confesar todo eso: España, los españoles no representan nada ni valen nada para los franceses, fuera del lenguaje oficial y de los términos de cancillería. Los libros más denigrantes, las actitudes de mayor humillación para nosotros a estos últimos años los debemos; y nadie que durante ellos haya viajado podrá engañarse respecto a la realidad de los sentimientos que generalmente se abrigan hacia nosotros.

Por esto mismo creo que se impone cierta reserva, no hija de la altanería ni de la vanidad, sino del aprecio de sí mismo, que ningún pueblo por decaído y pobre que sea debe perder nunca. Y creo más: que esta elemental dignidad obliga a esperar que se opere en el espíritu francés aquel cambio o suavización que equivalga al desagravio y que permita confiar en la sinceridad de los vínculos contraídos.

* *

Pero dejando esta digresión y volviendo al mutualismo, observemos que su desarrollo en Barcelona, aun sin corresponder al que obtiene en algunos países extranjeros, no deja de ser sorprendente. La acción social, en su sentido más amplio, ha llegado aquí a una gran intensidad que si no la equipara por completo a las primeras capitales europeas, destaca bastante con respecto a lo demás de la nación.

Buena prueba de ello es la inauguración del «Casal Popular», indicada más arriba, que constituye la última fase de desenvolvimiento de esa Acción Social Popular o *Volkverein* español de que el P. Gabriel Palau, S. J., ha sido el promotor y el propagandista infatigable. A la obra positiva y visible que ya ha realizado, hay que añadir la invisible, o no vista, de la iniciación, de la organización, del vencer resistencias, del animar a los tibios, del obtener recursos

en un campo tan esquilado por toda suerte de empujes y cuestaciones análogas.

Esta actividad merece ser conocida y divulgada, pues acontece entre nosotros que ignoramos el nacimiento y la existencia de grandes instituciones hasta que nos las encontramos descollando, como aquellos edificios que sorprenden al hombre retraído en su casa cuando se arriesga a dar un paseo, cada dos o tres años, por las afueras de la población. Como decía, y según los últimos datos, en menos de un quinquenio de existencia, la Acción Social ha repartido en números redondos, 4.300.000 impresos, ha recibido 13.900 escritos entre consultas y comunicaciones, ha expedido 13.500, ha prestado más de 15.000 servicios de su incumbencia y ha organizado más de 1.200 conferencias, lecciones y mitines.

Sus publicaciones periodísticas ofrecen, en primer término, la *Revista Social*, notable por su presentación no menos que por la parte doctrinal y la informativa; *El Social*, hoja hebdomadaria, de carácter popular y de divulgación y entretenimiento; y el *Archivo Social*, que recoge cuantos documentos pueden ser útiles para el estudio de las cuestiones sociales y obreras (oficiales o no, civiles o eclesiásticas), formando una colección de textos indispensable e insustituible para toda persona que intervenga en tales cuestiones. Con el título de *Ecos Sociales*, por último, publica también unos folletos de asunto práctico.

Como remate de esa obra de atracción y encauzamiento de la corriente obrerista, acaba de instalar ahora el «Casal Popular» que al mismo tiempo sirve de residencia a la *Acción Social* y a la Federación obrera social, revistiendo gran importancia su inauguración, tanto que ella ha sorprendido a muchos barceloneses a quienes el cuidado de sus propios asuntos o distracciones de otro orden y especie no dejan seguir al día las palpaciones de nuestro vivir.

* *

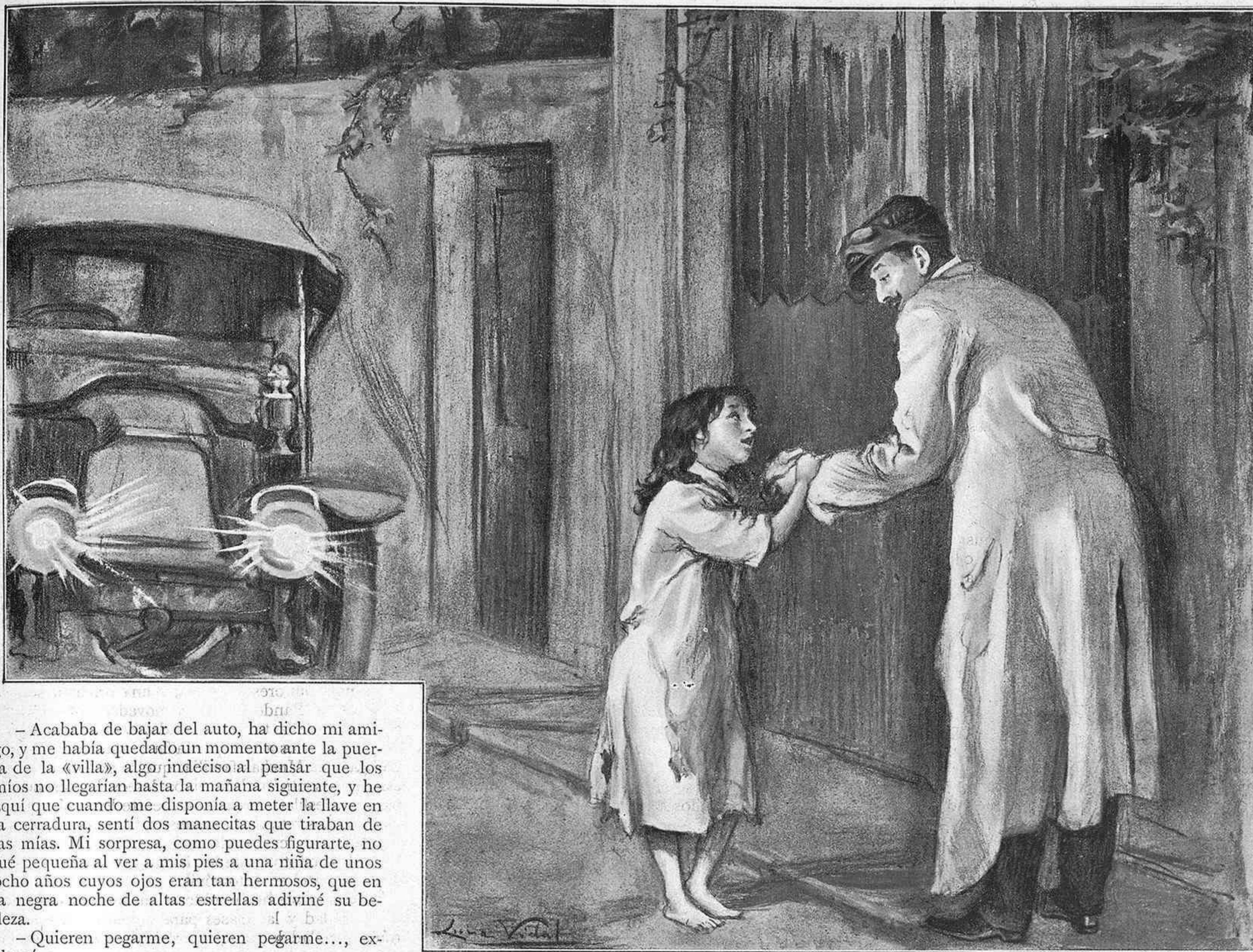
La nota pintoresca de la semana próxima será la Jura de la Bandera, con la novedad este año de concurrir a ella todo el mundo, *señoritos* inclusive, de los llamados a filas por la flamante ley de Servicio Obligatorio. Muchas familias que se desentendían de esa fiesta, sentirán ahora vivos deseos de presenciarla para ver desfilar marcialmente entre los quintos a alguno de sus retoños: marquesito, banquero, fabricante, médico en ciería, de esos que han alterado en el Liceo la monotonía de los fraques masculinos y acuden al cuartel en automóvil.

Sinceramente he de confesar que no creía que nuestra sociedad y las clases para quienes dicha ley entraña novedad de tanta importancia se adaptasen tan pronto y con tanta facilidad relativa a ese cambio radical de tradiciones y costumbres. Las circunstancias la han favorecido: pacificado Marruecos en este instante, sin ningún recelo ni inquietud inmediata, la reforma cuyo principio substancial - el de la igualdad de deberes y riesgos - hay que declarar santo y justo, no ha encontrado resistencias ni aun murmuraciones o roces peligrosos. Sin duda se ha infiltrado en la conciencia social una noción más exacta de la ciudadanía y hasta de la misma conveniencia - que conveniencia, cuando no verdadera necesidad, existe ahora y en medio de las corrientes que agitan al mundo de barajar los elementos y de quitar al ejército su condición de *ejército de clase*, nutrido todo él de proletarios.

De buen grado se han sometido a ese llamamiento los jóvenes con quienes se ha inaugurado y nada recuerda ahora el espectáculo que presenciamos en 1873, cuando la quinta extraordinaria de Castelar, pues todo el mundo buscaba entonces mil pretextos para evadirse del llamamiento, y el vicio de la arbitrariedad, de la desigualdad social y del favoritismo de clase, aun en periodo violentamente revolucionario estaba todavía muy sólido y muy adentro en el alma española. Los subterfugios a que se apelaba entonces por esos potentados y señoritos para rehuir la vida de cuartel o los peligros de una movilización, llegaron a ser memorables. Hubo música, como la de cierto regimiento fijo de Artillería de plaza - entonces estos cuerpos tenían música - , que llegó a contar trece platillos y otros tantos tañedores de triángulo. En cierta compañía de otro regimiento todo el mundo menos cinco o seis muchachos, estaba rebajado bajo pretexto de servir de escribiente en la oficina. Y el sargento pasaba lista: «Fulano de Tal»... «En la oficina», contestaban los cinco o seis pobres; «Menganos»... «En la oficina», y así de los demás. Hasta que el sargento, amoscado, dijo una vez: - ¡Ea, muchachos! A la oficina todos, y el que no sepa escribir que eche arenilla.

MIGUEL S. OLIVER.

ALMA DE LEJANÍA, POR CARLOS RAHOLA, dibujo de Luisa Vidal



- Acababa de bajar del auto, ha dicho mi amigo, y me había quedado un momento ante la puerta de la «villa», algo indeciso al pensar que los míos no llegarían hasta la mañana siguiente, y he aquí que cuando me disponía a meter la llave en la cerradura, sentí dos manecitas que tiraban de las mías. Mi sorpresa, como puedes figurarte, no fué pequeña al ver a mis pies a una niña de unos ocho años cuyos ojos eran tan hermosos, que en la negra noche de altas estrellas adiviné su belleza.

- Quieren pegarme, quieren pegarme..., exclamó.

Deñotaban un miedo tan grande estas palabras que, sin vacilar un instante, amparé a aquel débil ser que se confiaba a mí. Una vez dentro de la «villa» y encendidas las luces, surgió ante mis ojos maravillados la criatura más encantadora y más lamentable que puedas imaginarte. Era esbelta y sutil como una flor. Su rostro era de un óvalo exquisito; sus ojos eran garzos y muy dulce el mirar; cabellos de oro espléndidos caían sobre sus hombros; sus dientes eran diminutos, iguales, de una blancura transparente. Iba con los pies desnudos y unos harapos sórdidos mal cubrían sus carnes. Creo que me comprenderás perfectamente si te digo que toda ella era como una imploración hacia mí, y como si aun no tuviese la seguridad del asilo, escuchaba recelosa los rumores de fuera; pero el silencio era absoluto en aquellos parajes desiertos.

Cuando se hubo tranquilizado la ayudé a lavarse, se puso una blusa blanca de mi hermanita y calzó unas alpargatitas de excursionista. Con palabras entrecortadas por los sollozos me dijo que se llamaba Esther, que había venido formando parte de una caravana de zingaros, que bailaba y cantaba, que la golpeaban brutalmente... Como noté que ya no podía más con sus pobres fuerzas y que sus párpados se entornaban, la cogí con dulzura y la puse en el lecho de mi hermanita. No tardó en dormirse con ese sueño plácido y profundo de los niños.

¡Y yo que había adelantado el viaje, desatendiendo las cariñosas advertencias de mi santa madre, con la idea de saborear aquella noche una áspera sensación de soledad y de silencio en la «villa» llena de recuerdos, entre aquellos objetos familiares que tienen una fisonomía propia, una vida, podría decirse, individual, y nos hablan en un lenguaje misterioso!

Durante largo rato recorrí toda la casa, disponiendo mis libros y mis papeles para el trabajo, preparando mis vestidos de campaña, anotando minuciosamente las cosas que necesitaría para pasar allí la temporada veraniega. Pero estaba atento al rumor

más leve y de vez en cuando entraba de puntillas en el cuarto de María Esther para convencerme de que dormía sin sobresaltos.

Clareaba el día y me acosté rendido de fatiga, pensando: «Esther, Esther, ¿de dónde habrá venido? ¿Qué mano invisible la habrá conducido hasta mi puerta, en la noche?»

* * *

Cuando llegaron mi madre y mis hermanas no fué pequeña su sorpresa al ver a María Esther. Expliqué la aventura, y cuando expuse mi decidido propósito de que la pequeña ya no se separara nunca de nosotros, no querían creerme. Aquello era una extravagancia de poeta y nada más. Argüí que lo que había ocurrido era bien sencillo: la muchacha, huyendo de sus verdugos, había hallado en mí su amparo. Era como una misteriosa ofrenda de la noche, y como indudablemente la Providencia había sido su guía, ¿por qué no acogerla? Y comenzada la buena acción, ¿por qué no guardarla entre nosotros? ¿Sería humano dejarla a merced de los hombres de la caravana, que la atormentaban hoy, y que más tarde sin duda la destinarían al vicio? No se trataba de una fantasía de poeta, sino de un caso de humanidad... Estas razones y mis acentos de convicción convencieron al fin a mi madre y mis hermanas transigieron. No pude contener mi alegría: María Esther estaba salvada: otra vez volvía a triunfar sobre la tierra el espíritu inmortal del que Rubén Darío ha llamado Nuestro Señor Don Quijote.

* * *

Como la caravana acampaba por aquellos alrededores, María Esther no salió de casa durante algunos días: la teníamos guardada como un tesoro co-

diciado. Más de una vez me figuré que uno de aquellos hombres que la martirizaban llamaba a mi puerta, dispuesto a recuperarla a todo trance. Yo entonces meditaba estratagemas y heroísmos, y estaba dispuesto a librar batalla contra cuantos malandrines acudieran para apoderarse de María Esther. Pero por ventura nadie llamó, nadie intentó asaltar el castillo: a buen seguro que habiendo buscado a la muchacha en los primeros momentos infructuosamente, luego la darían por muerta.

* * *

María Esther recibió en mi casa una educación esmerada. Como poseía una voz adorable, buscamos para ella un famoso profesor de música, y no tardó en vencer las dificultades del piano, interpretando con sentimentalidad opulenta a los grandes románticos. La niña harapienta que tú conoces se había transformado en una jovencita alta, gentilísima, casi alada, con sus blancas manos de duquesita, con sus anchos ojos azules velados siempre por una tristeza vaga.

Jamás aludimos a su pasado, creyendo que esto la apenaría. El recuerdo de aquella noche en que la recogí del camino quedó borrado para siempre. María Esther era «nuestra», era de la casa, y participó de todas nuestras alegrías y ningún dolor nuestro fué extraño a su alma.

En nuestras reuniones ella cautivaba las almas. Cantaba con gracia y con melancolía, y todos la adorábamos. ¿Es que acaso en su voz vibraban las melodías de los caminos, cuando peregrinaba bajo los árboles tras la caravana, recogiendo en su pobre corazón el canto tierno de los pájaros y la armonía épica de los vientos y las cascadas?.. No sé; pero entonces «nuestra» María Esther casi desaparecía, se inmaterializaba, y todos veíamos desdoblarse en ella

una personalidad desconocida e incomprensible. Sea como fuere, yo cada día estaba más satisfecho de mi obra, de mi «extravagancia de poeta» y bendecía aquella noche memorable. Sin mí, ¿qué hubiera sido de María Esther? Era lancinante para mí la sola idea de su vida entre gentes malvadas, corriendo por las carreteras, sin un astro de epifanía en lo alto, exhibiéndose en las ferias. Cuando esa visión me torturaba, mi inquietud debía de leerse sobre mi frente, porque entonces María Esther se llegaba hasta mí, se sentaba sobre mis rodillas y besaba mis manos.

* *

¿Te le confesaré, amigo mío?.. Llegó un momento en que creí haberme enamorado de María Esther. Su ternura era para mí el más dulce de los bálsamos. Mi corazón, que había sido vaso de tantas amarguras, se renovaba. Me gustaba tener largo rato las manecitas de aquella criatura entre las mías y mirarme en sus ojos tristes de visiones lejanas. Pero un día me miré al espejo, con frialdad, con análisis, y vi que mis cabellos ya eran grises. Yo tramontaba la vida y María Esther aun no había cumplido quince años. Mi voluntad triunfó después de dura lucha y aquel naciente amor quedó inconfesado. ¿Cuántos amores, cuántas ilusiones no quedan allá en lo fondo de nuestro corazón, sin revelarse nunca y perfumando, sin embargo, toda nuestra vida?..

* *

Frecuentemente nos llevaba a las montañas un común anhelo de altas cumbres y de vastos horizontes. A María Esther le gustaba cantar allí, cuando nadie la oía. Cogíamos flores y hierbas que ella mostraba en el halda alegremente. Yo participaba de su entusiasmo y sentía un gran bienestar. La consideraba como a una hija mía, cuya madre — ¿me comprenderás? — hubiese muerto. Entonces mi corazón desbordaba de ternura y dominando un resto de egoísmo pedía para María Esther el más puro, el más abnegado de los amores.

* *

Una tarde se detuvo en el pueblo un músico venido yo no sé de qué lejanías. La dulzura del habla italiana fluía armoniosamente de sus labios carnosos. Era fuerte y bien proporcionado como un atleta; su tez era bronceada; sus ojos negros decían ensueño. Eran tan delicadas las notas que brotaban de su violín, que en seguida ganó nuestro corazón y no tardamos en franquearle la entrada de la «villa». Su estradivario lloraba, gemía, se excitaba. María Esther cantó una romanza, acompañándola el desconocido en su violín: ambos se compenetraron tan intensamente, que parecían hermanados por el arte.

Cuando el músico peregrino se fué palpitaban en el cielo, altas e indecisas, las primeras estrellas.

* *

Desde entonces observamos una alarmante languidez en María Esther. La tristeza de sus bellos ojos se había acentuado. En su rostro se habían marchitado las rosas de adolescencia. No quería mos-

trarse en los salones, tenía su piano cerrado y salíamos muy de tarde en tarde. No llevaba ahora, como en otro tiempo, canciones en los labios, ni volvía de los bosques con flores en el halda. Desde las cumbres parecía escrutar con mirada incierta los caminos que se pierden en los horizontes. Sin saber el motivo, yo empezaba a experimentar cierto desaso-



Retrato de la princesa María del Pilar de Baviera y de Borbón, pintado por Elena de Frauendorfer-Muehlthaler

siego. ¿Es que nacía el amor en el corazón de María Esther? ¿Amaría al hijo de los caminos, al vagabundo del arte personificado en el violinista toscano? La ruta abandonada en aquella noche de dolor y miedo, ¿ejercería aún sobre su espíritu, después de tanto tiempo, una sugestión invencible?

* *

Una noche, antes de acostarse, María Esther entró en mi estudio y me besó en la frente. Por los latidos de su pecho adiviné que su corazón sollozaba. Pero quise respetar aquel sufrimiento y no le hice pregunta alguna.

Al siguiente día, las doncellas advirtieron que la puerta del jardín estaba entornada. Al instante, con la intuición clara de lo que había ocurrido, me dirigí a la habitación de María Esther... María Esther no estaba: hija de los caminos, alma de lejanía, había desaparecido.

Al entrar luego en mi estudio vi con sorpresa que estaba sembrado de flores, bajo las cuales desaparecían mis papeles y mis libros.

De esta manera María Esther, antes de marcharse, había querido sin duda disimular su ingratitud y embellecer mi pena...

ROMA. — LAS FIESTAS CONSTANTINIANAS

El día 30 del próximo pasado mes de marzo comenzaron en Roma las grandes fiestas con que la capital del orbe católico solemniza el décimosexto centenario de la paz de la Iglesia, es decir, del famoso edicto de Milán, por el cual el emperador Constantino I puso fin a las persecuciones de los cristianos, otorgando a su religión los mismos derechos de que disfrutaba la del Estado.

Por la mañana, en la cripta de San Milciades, situada en las catacumbas de San Calixto, el cardenal secretario de Estado, monseñor Merry del Val, celebró solemnisísima misa a la que asistió gran número de fieles. Las catacumbas hallábanse espléndidamente iluminadas.

Terminada la misa, el eminente arqueólogo cristiano profesor Marucchi, secretario del Comité de las Fiestas Constantinianas, dió, fuera de las catacumbas, una notabilísima conferencia, explicando el significado y la trascendencia del Edicto de Milán y exponiendo las razones que habían motivado la elección de aquel sitio para la inauguración de las fiestas. «El trayecto que seguirá la procesión de esta tarde, dijo, y que va desde las catacumbas de Santa Domitila, cerca de la Vía Ardeatina, a las de San Sebastián, próximas a la Vía Apia, pasando por las de San Calixto, ofrece en compendio, en sus monumentos y en sus sepulcros, toda la historia del cristianismo, desde los primeros mártires hasta la paz constantiniana y el triunfo de la Iglesia.»

Por la tarde, a las cuatro, celebróse una solemne procesión que se vió favorecida por un tiempo magnífico y a la que concurren el clero, las congregaciones y los prelados de Roma, los alumnos de los seminarios de los ritos griego, copto y armenio, y un número extraordinario de fieles. La procesión recorrió la Vía Ardeatina, en toda la extensión que abarcan las catacumbas de San Calixto, en donde el cardenal Cassetta, presidente del Comité organizador, dió con el Santísimo la solemne bendición al pueblo. Seguidamente el religioso cortejo continuó desfilando por la vía Apia hasta llegar a las catacumbas de San Sebastián; al llegar allí entonáronse sagrados himnos en acción de gracias al Altísimo y después el cardenal Cassetta, desde un altar levantado al aire libre, bendijo nuevamente con la Sagrada Custodia a los fieles.

Con motivo de las Fiestas Constantinianas acuden a Roma numerosas peregrinaciones. Una de éstas ha sido recientemente recibida en audiencia solemne por S. S. el Papa Pío X, quien pronunció una alocución importante. Declaró el Sumo Pontífice que aprovechaba la ocasión de las Fiestas Constantinianas para afirmar una vez más los derechos que indiscutiblemente pertenecen a la Iglesia, a la cual pretenden algunos negar las libertades que a todo el mundo son concedidas, especialmente las libertades de poseer, de cultos y de imprenta; expresó el consuelo que le causaba ver a tantos fieles proclamando los derechos de la Iglesia y exhortó a todos a que se esforzasen en abrir los ojos a los enemigos de la Iglesia, demostrándoles que cuando ésta es perseguida, los gobiernos constituidos resultan también perjudicados, ya que la Iglesia predica siempre el orden y la obediencia. — T.



La procesión en las catacumbas de Santa Domitila. - El profesor Marucchi, eminente arqueólogo y secretario del Comité de las Fiestas, dando una conferencia en las catacumbas de San Calixto. - Paso de la procesión por las calles de Roma. - El cardenal Casetta disponiéndose a dar la bendición a los fieles que concurrieron a la procesión. (Véase la descripción en la página anterior.)

BARCELONA. - NOTAS DE ACTUALIDAD. (Fotografías de nuestro reportero Alejandro Merletti.)

Con objeto de solemnizar el triunfo alcanzado por sus candidatos en las últimas elecciones de diputados provinciales la

el presidente de la *Lliga* Sr. Abadal y los Sres. Prat de la Riba y Cambó; en otras mesas preferentes estaban los senadores, diputados, diputados provinciales electos, junta directiva de la *Lliga* y presidentes de las sociedades adheridas a ésta.

El salón estaba adornado con profusión de banderas catalanas y de las sociedades regionalistas, y durante la comida el maestro Goberna ejecutó en el órgano diversas composiciones y armonizaciones de canciones populares catalanas.

Al final del banquete, el Sr. Cambó pronunció breves palabras explicando la significación del mismo, y terminó el acto con entusiastas vivas a las mancomunidades y a sus patrocinadores.

Excepcional importancia ha tenido el primer

ñor conde de Romanones, pronunció algunas palabras en elogio del jefe del gobierno y señaló la importancia que tenía el Congreso para el futuro desarrollo de las industrias metalúrgicas.

El secretario Sr. Doménech leyó una interesante memoria detallando los trabajos llevados a cabo para la realización del Congreso, y a continuación el Sr. Echevarría, de Bilbao, pronunció un elocuente discurso saludando a los congresistas, agradeciendo su designación para la presidencia de la sección segunda, dedicando afectuosas frases a Barcelona y a Cataluña y dirigiendo un respetuoso saludo a S. M. el Rey D. Alfonso XIII.

El Sr. Montañés, de Valencia, saludó en nombre de aquella Cámara de Comercio a los congresistas, tuvo frases de elogio para los catalanes y para el Comité ejecutivo, y abogó porque la unión de todos los metalúrgicos valencianos tenga imitadores en todas las regiones a fin de que los acuerdos del Congreso logren el resultado que se persigue.



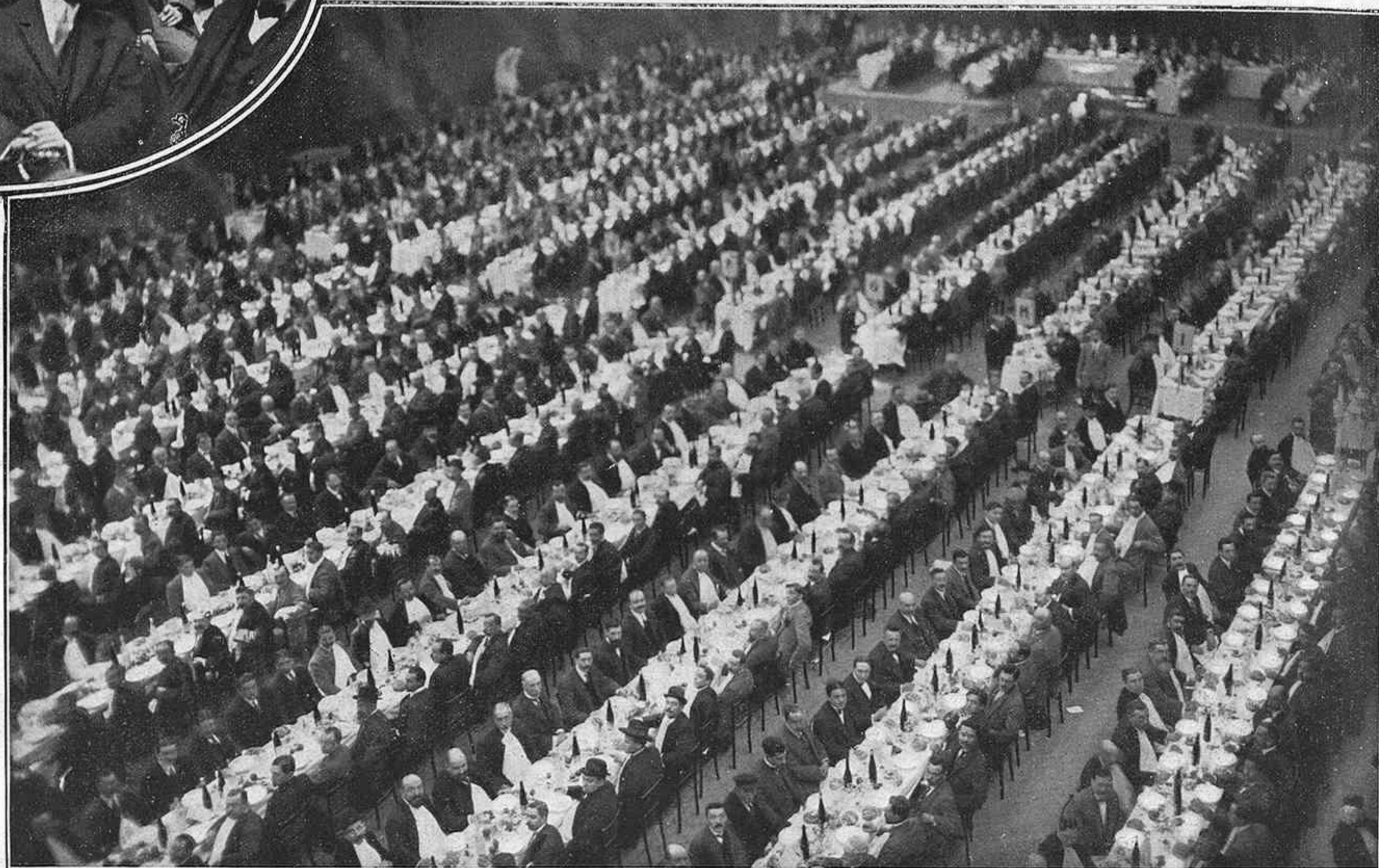
El leader regionalista y diputado a Cortes don Francisco Cambó (x), que en el mitin del Tívoli pronunció un importante discurso que ha sido muy comentado en toda España.

Lliga Regionalista, de Barcelona, organizó la fiesta que denominó *Diada Regionalista* y que consistió en un mitin en el teatro del Tívoli y un banquete en el salón del Palacio de Bellas Artes, celebrados ambos el día 6 de este mes.

El mitin, al cual asistió enorme concurrencia, fué presidido por el Sr. Prat de la Riba, presidente de la Diputación Provincial, quien tenía a sus lados a los Sres. Albalall y Riera, representantes de las fuerzas regionalistas de Tarragona y Gerona respectivamente; Verdaguer y Callís, diputados provinciales electos; los diputados provinciales señores Durán y Ventosa, Fages y Soler y March; el secretario de la *Lliga* Sr. Puig de la Bellacasa, y otros prohombres del regionalismo.

Pronunciaron elocuentes discursos los Sres. Albalall, Riera, Puig y Cadafalch y Cambó, todos ellos congratulándose del triunfo obtenido y señalando los derroteros que hay que seguir para lograr ver totalmente realizadas las levantadas aspiraciones del regionalismo. El discurso del Sr. Cambó tuvo verdadera importancia, por sus trascendentales declaraciones políticas; bien lo demuestran los comentarios de que ha sido objeto en la prensa de toda España, sin distinción de partidos.

Al banquete que se celebró en el Palacio de Bellas Artes asistieron más de mil comensales distribuidos en 28 grandes mesas dispuestas en la planta baja y en otras instaladas en las galerías. En el estrado había la mesa presidencial ocupada por



Banquete de 2.000 cubiertos celebrado en el gran salón del Palacio de Bellas Artes con motivo de la «Diada Regionalista» organizada por la «Lliga Regionalista»

Congreso Nacional de Industrias Metalúrgicas que recientemente se ha celebrado en esta ciudad, así por los temas en él discutidos como por las personalidades que en él han tomado parte. La sesión inaugural efectuóse el día 6 de este mes en el grandioso salón de actos de la Cámara oficial de Comercio, fué presidida por D. Emilio Riera, delegado del Excmo. Sr. presidente del Consejo de Ministros, y a ella concurrieron el gobernador civil, algunos diputados provinciales, el delegado de Hacienda y representantes del señor obispo, del presidente de la Audiencia, del alcalde y de varias entidades y corporaciones. El Sr. Riera, después de leer un expresivo telegrama del se-

El Sr. Cornet y Mas, presidente efectivo del Congreso, pronunció un elocuente discurso relatando el desarrollo progresivo de las industrias metalúrgicas a partir del primer tercio del siglo XIX, explicando el establecimiento de las primeras líneas férreas en Cataluña y enumerando los beneficios derivados del Congreso Económico de 1888; agradeció al gobierno sus esfuerzos en pro de la industria nacional y dió las gracias a las autoridades por su asistencia a la sesión inaugural del Congreso, del que esperaba grandes resultados.

Todos los oradores fueron muy aplaudidos y el acto revistió gran brillantez y solemnidad. - S.



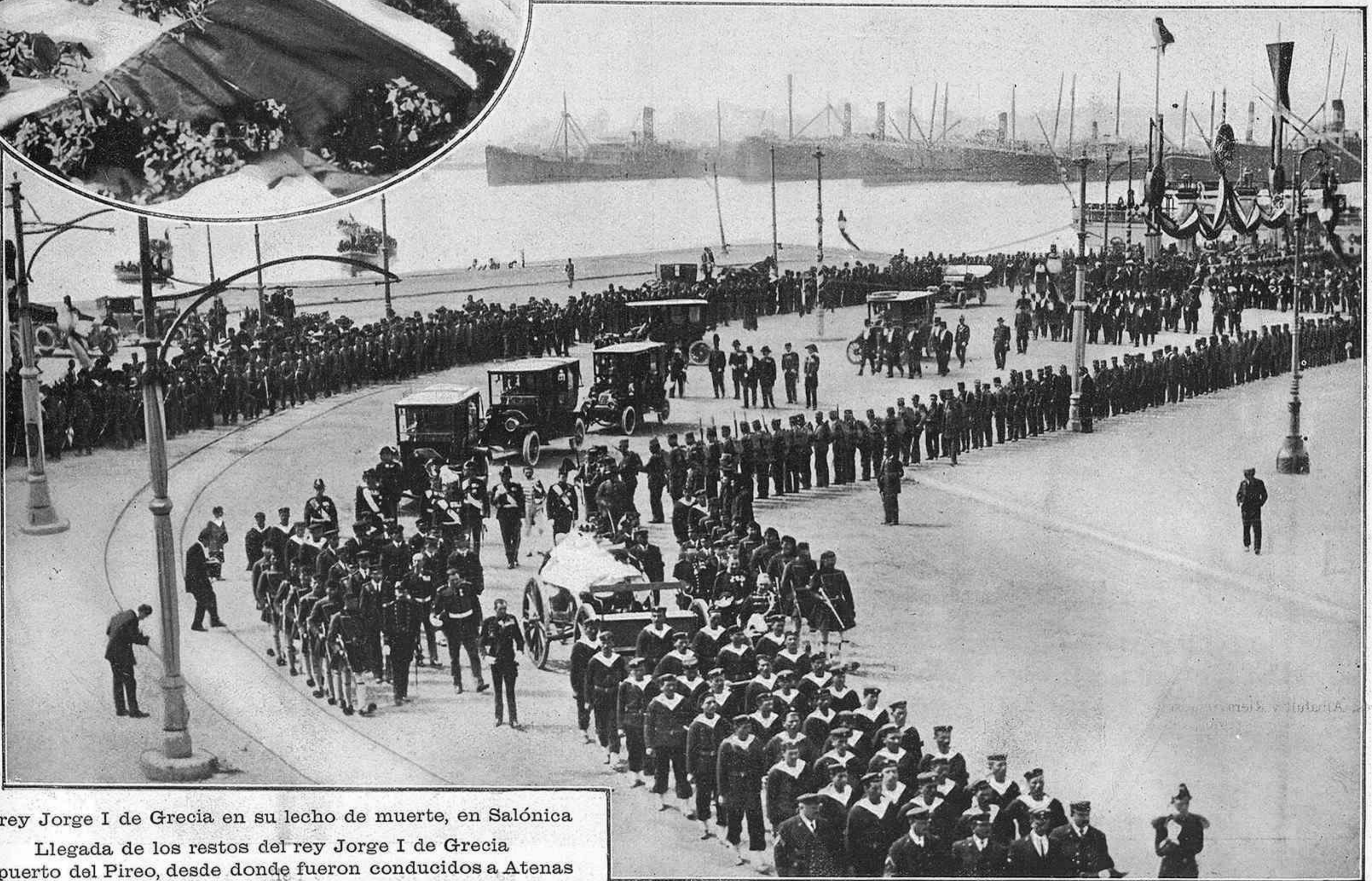
Sesión inaugural del primer Congreso Nacional de Industrias Metalúrgicas celebrada en el Salón de actos de la Cámara Oficial de Comercio de la Casa Lonja



contestó con una nota enérgica y digna en la que decía, entre otras cosas, que en cuanto al acuerdo de aquéllas sobre las fronteras Norte y Nordeste de Albania, se reservaba el derecho de consultar con sus aliados; y que respecto de la cesación de hostilidades contra Eskutari y de la evacuación de los territorios que las potencias decían haber cedido a Albania, no podía, con gran sentimiento, acceder a ellas, teniendo en cuenta que continúa la guerra entre Turquía y los aliados y que las po-

demandas de las potencias, los embajadores de éstas, reunidos en Londres, acordaron el bloqueo de una parte de la costa albanesa, bloqueo que se extenderá desde Antivari hasta la desembocadura del Drin.

Asegúrase que, en estos últimos tiempos, se ha cruzado entre el rey Nicolás de Montenegro y su yerno el rey Víctor Manuel de Italia una activa correspondencia, y que en una de sus últimas cartas el monarca montenegrino, después de lamentarse amargamente de la actitud de Europa y de preguntar si las potencias que se llaman cristianas tendrán el valor de hacer contra un pequeño Estado cristiano lo que nunca han tenido



El rey Jorge I de Grecia en su lecho de muerte, en Salónica
Llegada de los restos del rey Jorge I de Grecia al puerto del Pireo, desde donde fueron conducidos a Atenas
(De fotografías de Harlingue y Trampus.)

LA CUESTIÓN DE ORIENTE. — EXEQUIAS DEL REY JORGE I DE GRECIA.—NEGOCIACIONES PARA LA PAZ

El día 27 de marzo último llegó al puerto del Pireo el yate *Amphitrite* que conducía desde Salónica los restos mortales del rey Jorge I de Grecia. Apenas el buque atracó al muelle, subieron a bordo los ministros y el metropolitano, y poco después fué desembarcado el féretro que llevaron en hombros los príncipes y detrás del cual iba el rey Constantino dando el brazo a la reina madre Olga.

Llegado el cortejo a la estación del ferrocarril, el ataúd fué introducido en un vagón convertido en capilla ardiente y la familia real, los ministros, el Santo Sínodo y la Corte ocuparon otros coches en el tren, que se puso inmediatamente en marcha, mientras las baterías y los buques de guerra extranjeros anclados en el puerto hacían las salvas de ordenanza.

En Atenas, el féretro fué colocado en una cueña y solemnemente conducido a la catedral, en donde estaba reunido el Cuerpo Diplomático y en donde se celebró un oficio, terminado el cual la familia real abandonó el templo, en el que quedó depositado el cadáver del monarca, guardado por cuatro capitanes de caballería.

La gran injusticia a que nos referíamos al final de nuestra última crónica, se ha consumado. Las potencias, a quienes tanto ha costado concertarse para otras empresas más justas, se han puesto fácilmente de acuerdo para ejercer sobre el débil Estado de Montenegro una presión que pugna contra todos los principios de derecho internacional y con las declaraciones de absoluta neutralidad que hicieron las grandes potencias al comenzar la actual guerra entre Turquía y los Estados balcánicos. Hecha la intimación de las potencias a Montenegro, el gobierno de éste

tencias declararon solemnemente a éstos al comenzar aquélla que en nada dificultarían sus operaciones militares y que observarían la más estricta neutralidad.

En vista de esta respuesta, las potencias resolvieron llevar adelante la proyectada demostración naval, y en efecto, pocos días después aparecía delante de Antivari la escuadra internacional compuesta de tres buques de guerra austriacos, dos italianos, uno francés, otro inglés y otro alemán. Rusia no ha enviado buque alguno, pero se ha adherido a la acción de las de-

el valor de hacer contra la Turquía musulmana cuando oprimía y asesinaba a las poblaciones cristianas abandonadas bajo su dominación, jura que no cesará las hostilidades hasta haberse apoderado de Eskutari y que, una vez dueño de esta plaza, la conservará en su poder, y añade que de ella no saldrá vivo sino en el caso de que la paz se firme de modo que no sean desconocidos los derechos de Montenegro sobre aquella ciudad bajo cuyas murallas ha derramado su pueblo torrentes de sangre.

Como decíamos en nuestra crónica anterior, la respuesta de los aliados a la nota de las potencias contiene varias e importantes reservas. En ella se dice: 1.º, que al fijarse definitivamente la frontera de Tracia, la línea indicada por las potencias será tomada como base y no como línea definitiva; 2.º, que Turquía cederá a los aliados las islas del mar Egeo; 3.º, que los aliados necesitan conocer previamente las fronteras proyectadas para la Albania; y 4.º, que deberá aceptarse en principio la demanda de una contribución de guerra.

Los embajadores reunidos en Londres han acordado enviar a los aliados una nueva nota cuyo texto no se conoce todavía aunque se dice que contiene las siguientes declaraciones: 1.ª, que las potencias no pueden pronunciarse en ningún sentido respecto de la indemnización de guerra, cuestión que resolverá la conferencia internacional en la que estarán representados los aliados; 2.ª, que respecto de la frontera turco-búlgara, admiten que la propuesta, o sea la línea Enos-Midia podrá ser revisada en puntos de detalle; 3.ª, que se comunicará a los aliados cuáles sean las fronteras N. y NE. de Albania acordadas por las potencias; y 4.ª, que la cuestión de las islas quede también reservada, pues es todavía objeto de negociaciones.

En conjunto, reinan impresiones optimistas, y se cree que se siguen otras negociaciones que en breve plazo podrían determinar la paz entre Turquía y los aliados y evitar la tan temible conflagración europea. — R.



La cuestión de Eskutari. — El rey de Montenegro, en las posiciones servio-montenegrinas, discutiendo con los oficiales extranjeros sobre la inminencia de la caída de la plaza y sobre el ultimátum de Austria. (De fotografía de Carlos Trampus.)

más naciones. Como consecuencia de esta demostración naval y no habiendo accedido Montenegro en el plazo señalado a las

breve plazo podrían determinar la paz entre Turquía y los aliados y evitar la tan temible conflagración europea. — R.

(Fotografías de Carlos Abeniacar.)



Rosas blancas, cuadro de Pedro Gaudenzi



Roma eterna, escultura de Aurelio Mistruzzi



Viento de mar, cuadro de Pompeyo Mariani

En Roma se ha inaugurado recientemente la Exposición de los Amadores y Cultivadores de las Bellas Artes, a la que han concurrido muchos y muy notables artistas, italianos casi todos y algunos alemanes, con numerosos trabajos, muchos de ellos en extremo notables.

Figuran en la exposición 173 pintores y escultores que exhiben 538 obras, entre ellas las tres que reproducimos en esta página.

El cuadro de Gaudenzi *Rosas blancas* es un hermoso estudio de figura en el que se admiran la expresión del rostro y la naturalidad de la actitud, y en punto a cualidades técnicas, la perfección del dibujo, el vigor de la pincelada y el bellissimo efecto del claroscuro.

La *Roma eterna*, de Mistruzzi, es una bellísima escultura de carácter verdaderamente clásico. La arrogante matrona, representación de la Ciudad de los Césares, se nos ofrece majestuosa, cual corresponde a la idea que simboliza; hay en la estatua una admirable armonía de proporciones y su ejecución es firme y sobria.

El mejor elogio que podemos hacer de Pompeyo Mariani es decir que en la exposición que

nos ocupa se le ha destinado una sala especial en la que exhibe 84 cuadros, entre ellos *Viento de mar*.

Hablando de él y de los cuadros que expone, ha dicho un notable crítico italiano: «Se han reunido aquí las obras por él ejecutadas durante estos últimos tiempos que nos demuestran cómo, llegado a la edad de los cincuenta años, en vez de dejarse llevar por la corriente del arte que le había hecho célebre, emprendió valerosamente una nueva batalla; la duración de la lucha ha sido corta, puesto que hoy, seis años después, ha alcanzado ya la victoria... El talento de Mariani se inclina a ver de la realidad el lado más alegre y ligero, más externo, podría decir, y más frívolo. Mas no es frívolo y ligero, entendámonos, en la traducción de la visión, ya que nada hay que dé lugar a meditaciones más profundas que la frivolidad; toda alegría contiene en sí la tristeza de infinitas y dolorosas contradicciones. Mariani sabe hacer la filosofía de la sonrisa... Como tema nuevo para su arte, ha escogido Monte Carlo y la Riviera, con la vida que la anima, con la naturaleza que corona la vida; no podía escoger campo más adecuado.»



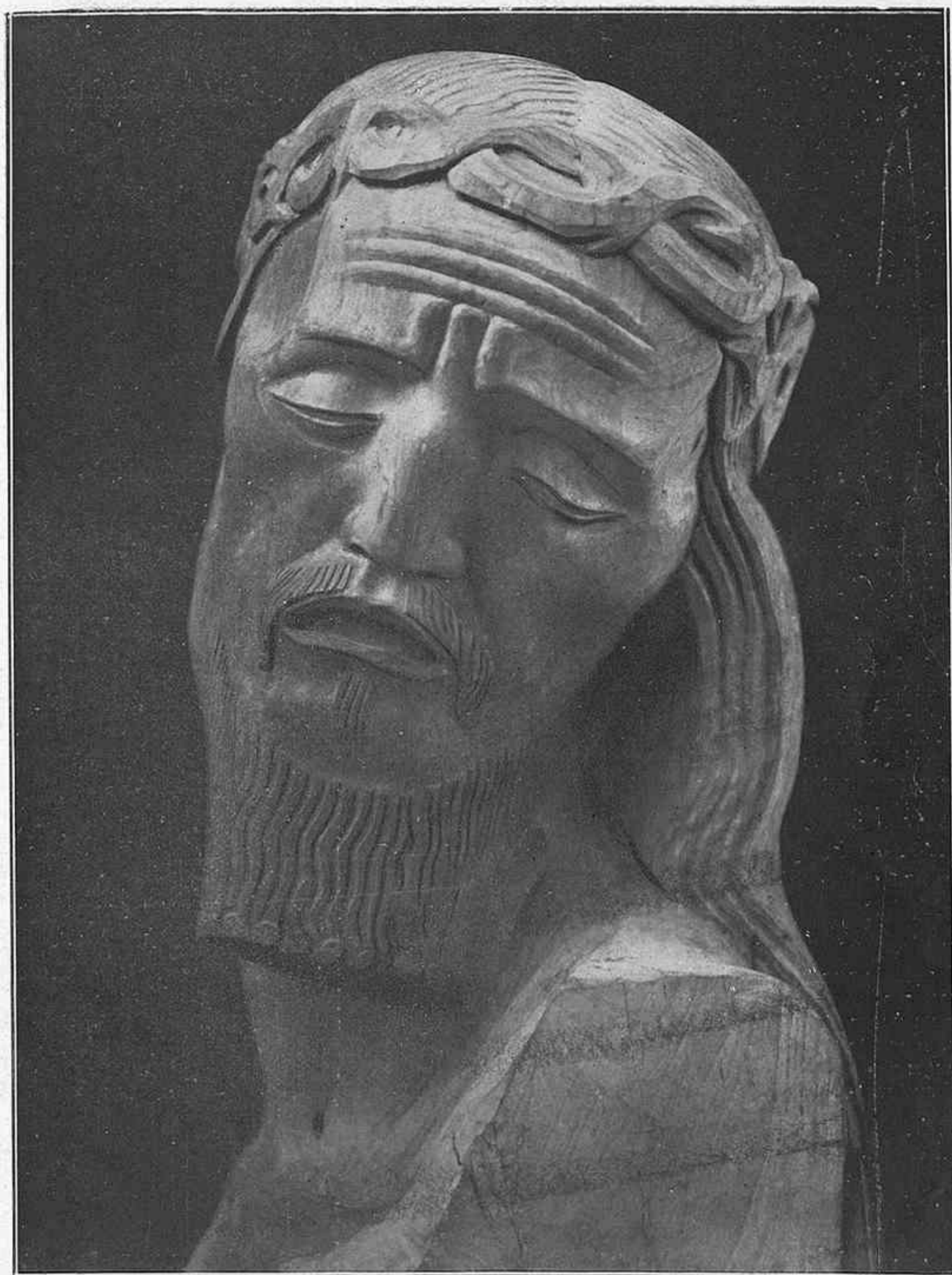
Bárbara, cuadro de Enrique Lyone



La novia, cuadro de Angel Zarraga



La voz interior, escultura de Rodin



Busto de Jesucristo, escultura en madera de Iván Mestrovic

Casi al mismo tiempo que la Exposición de Amadores y Cultivadores de las Bellas Artes, en la que nos ocupamos en la página anterior, se ha inaugurado en Roma la de los Secesionistas, que consta de diez y seis salas distribuidas del modo siguiente: diez internacionales y seis especialmente destinadas a los impresionistas franceses, a las litografías del Schefelder-Club, de Londres, al blanco y negro, al grupo veneciano Zanetti-Zilla, al pintor Plinio Nomellini, al escultor italiano Pablo Troubetzkoy y al escultor francés Rodin.

Esta exposición, en la que figuran, además de los citados, otros muchos renombrados artistas italianos y extranjeros, constituye, al decir de los principales críticos romanos, una de las más interesantes que se han celebrado en Roma desde hace muchos años. Entre las obras expuestas han llamado principalmente la atención los dos cuadros de Lyone y de Zarraga y las dos esculturas de Rodin y Mestrovic que reproducimos en esta página, y el grupo escultórico de Nicolini que reproducimos en la primera.

MADRID.--RECEPCIÓN DEL NUNCIO EN PALACIO

Con la acostumbrada solemnidad se celebró el día 3 de este mes la recepción del nuevo Nuncio apostólico, monseñor Ragonesi, en el regio alcázar.



Madrid.-El Nuncio de S. S., monseñor Ragonesi, saliendo del palacio real después de presentar sus credenciales a S. M. el rey D. Alfonso XIII. (De fotografía de Asenjo.)

El Nuncio fué a Palacio en la carroza de «Concha» de la Real Casa; el auditor de la Nunciatura, monseñor Solari, y el secretario monseñor Apap, iban en la carroza de «Cifras». Precedían a la carroza del Nuncio, la carroza de respeto de «Corona Ducal» y una sección de batidores, y detrás de ella marchaba un escuadrón de la Escolta Real.

En la Plaza de la Armería, estaba formada la guardia exte-



El Excmo. Sr. obispo de la Seo de Urgel doctor Benlloch, que recientemente ha celebrado en Valencia su 25.º aniversario sacerdotal. (De fotografía de V. Barberá Masip.)

rior del palacio que recibió al Nuncio a los acordes de la Marcha Real, y a lo largo de la escalera principal se extendía la guardia de Alabarderos.

A los sones de la llamada Marcha Real fusilera, subieron el Nuncio y sus acompañantes siendo recibidos por cuatro gentileshombres en la primera meseta y por cuatro mayordomos de semana en la meseta de los Leones. Monseñor Ragonesi fué introducido en el Salón del Trono, en donde estaban Su Majestad el Rey vestido de uniforme de Caballería, con el Toisón de Oro, el jefe superior de Palacio, marqués de la Torreçilla, el general de Alabarderos Sr. Aznar, el Gobierno, los grandes de España, gentileshombres, mayordomos, la Casa militar del Rey y las oficialidades de Alabarderos y Escolta Real.

Después de la entrega de credenciales, cambiáronse entre el

Nuncio y el Rey afectuosos discursos, y luego el monarca conversó afablemente con monseñor Ragonesi.

Terminada la recepción, el Nuncio visitó a las Reinas y abandonó el regio alcázar con el mismo ceremonial con que había sido recibido a su llegada.

VALENCIA.--BODAS DE PLATA SACERDOTALES DEL DR. BENLLOCH, OBISPO DE LA SEO DE URGEL

En Valencia se han celebrado recientemente varios festejos organizados para solemnizar el 25.º aniversario del ingreso en el sacerdocio del ilustre hijo de aquella ciudad, el Dr. Benlloch, obispo de la Seo de Urgel.

El día 2, víspera del aniversario, repartieron entre los pobres 5.000 pesetas en bonos, y al día siguiente el Dr. Benlloch celebró, en la iglesia de la Compañía, una misa a la misma hora en que dijo la primera, hace veinticinco años. Para tomar parte en aquella solemnidad religiosa fueron expresamente a Valencia el famoso tenor Francisco Viñas y su hermano, el maestro de capilla Rdo. D. Mariano.

También fué a la ciudad del Turia con objeto de asistir a las fiestas el capitán general de Cataluña, Excmo. Sr. D. Valeriano Weyler.

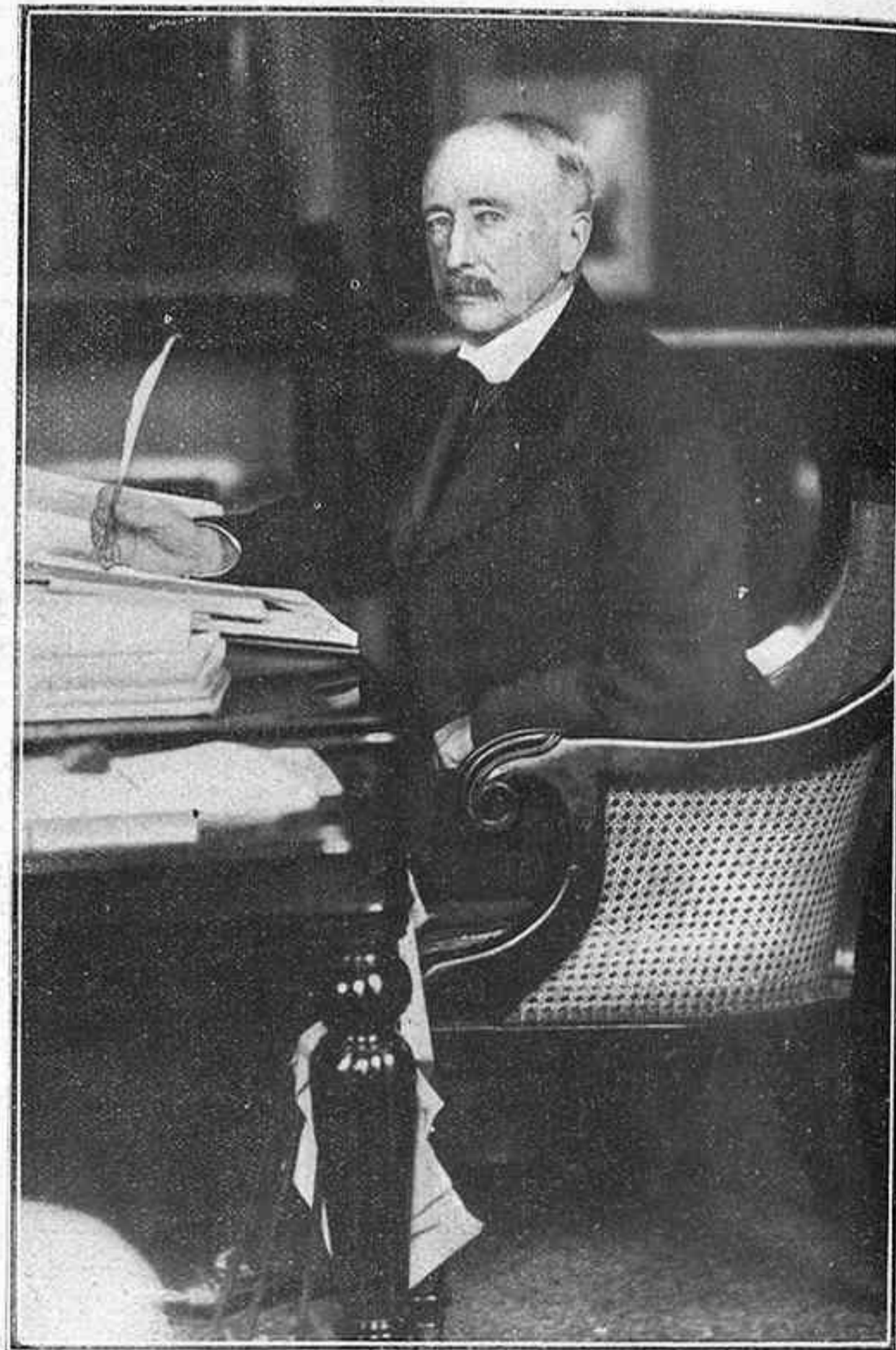
LORD WOLSELEY

El día 25 de marzo último falleció en Menton el feldmariscal vizconde de Wolseley, exgeneralísimo del ejército inglés, una de las figuras más prestigiosas de la historia militar contemporánea de la Gran Bretaña.

Garnet José Wolseley nació en Golde-Bridge-House, cerca de Dublin, el día 4 de junio de 1833 y a la edad de diez y siete años ingresó en el ejército; partió como abanderado a la India de donde regresó dos años después con el grado de capitán. Tomó parte en el sitio de Sebastopol, en el que fué gravemente herido, y terminada aquella guerra volvió a la India, distinguiéndose notablemente en la campaña contra los cipayos. As-

Inglaterra, fué nombrado comandante general, comendador de la Orden del Baño y ciudadano de Londres, y la Cámara de los Comunes le votó, además de las felicitaciones públicas, un presente de 625.000 pesetas a título de recompensa nacional.

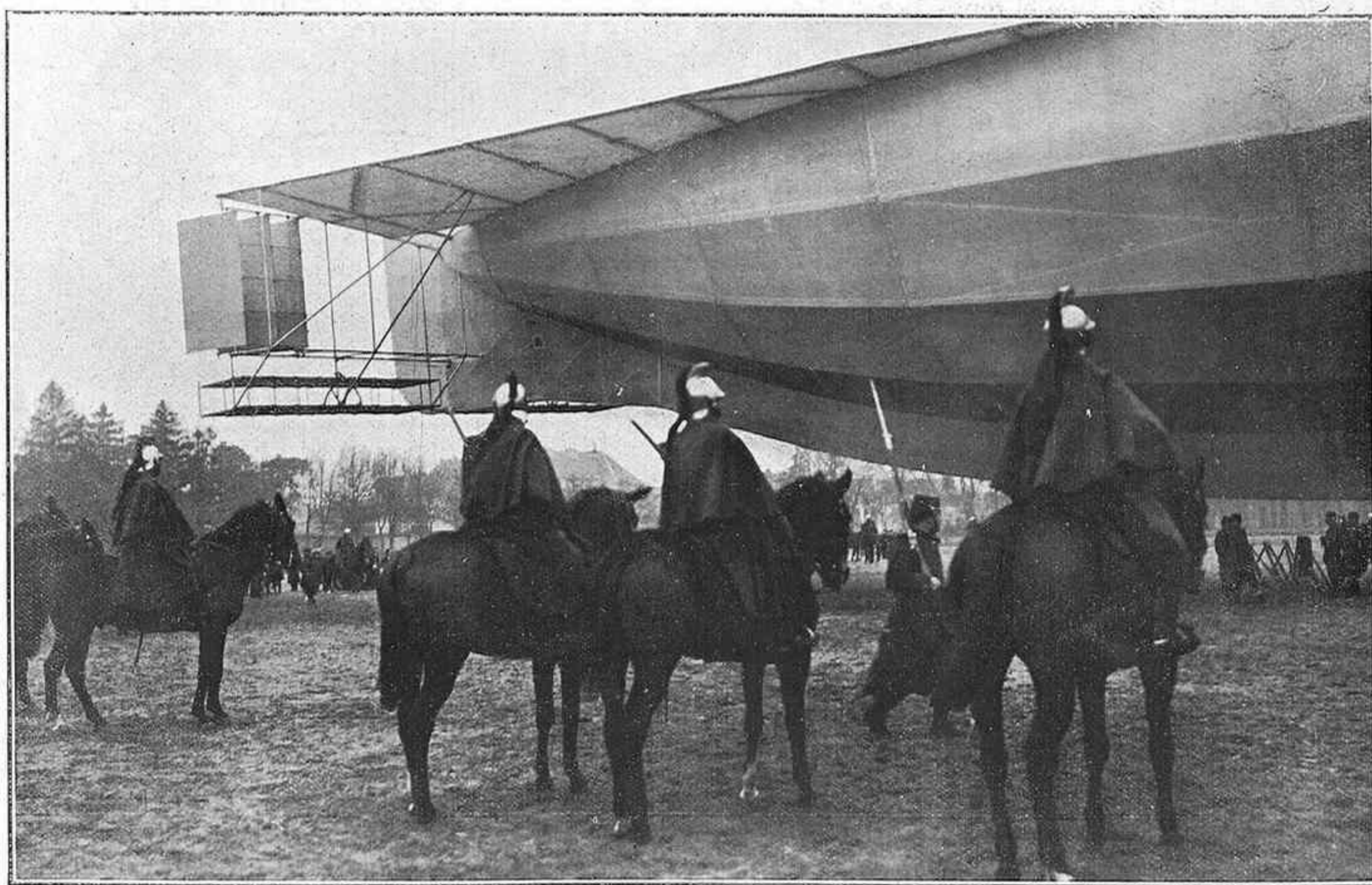
En 1875 fué gobernador de la colonia de Natal; en 1878, de la Isla de Chipre; y en 1879, del Natal y del Transvaal. En 1882, siendo ya ayudante general del ejército, marchó a Egipto, en donde permaneció hasta 1895; durante este período, ganó la batalla de Tel-el-Kebir y mandó la expedición enviada al Sudán para libertar a Gordón-baja, a quien el Mahdi tenía prisionero en Jartum. El éxito alcanzado en esta empresa le valió el título de vizconde y un nuevo donativo nacional de 750.000 francos. En 1894 ascendió a feldmariscal y al año siguiente sucedió al duque de Cambridge en el cargo de generalísimo del ejército inglés. En 1900 pidió y obtuvo su retiro, estableciendo su residencia en Menton.



El feldmariscal inglés vizconde de Wolseley, fallecido en Menton el 25 de marzo último. (De fotografía de Sport & General.)

UN DIRIGIBLE MILITAR ALEMÁN EN TERRITORIO FRANCÉS

El día 3 de este mes aterrizó en el campo de maniobras francesas de Luneville el dirigible militar alemán *Zeppelin IV*. El hecho causó gran impresión en toda Francia, pues se creyó que podría tratarse de algún acto de espionaje, tanto más cuanto que en el globo iban cuatro oficiales alemanes; pero abierta una información, pudo comprobarse que los aeronautas habían tenido que descender forzosamente y que los militares que iban



El dirigible militar alemán «Zeppelin IV», que hubo de aterrizar en la población francesa de Luneville, custodiado por tropas francesas. (De fotografía de Carlos Trampus.)

ció a comandante en 1857, a teniente coronel en 1859 y a coronel en 1865. En 1873 mandó el cuerpo de ejército enviado contra los achantis de la Costa de Oro, habiendo logrado la completa sumisión del rey de éstos, por lo que, al regresar a

en el globo eran la comisión encargada de reconocer, ensayar y recibir el dirigible. En vista de esto las autoridades francesas consintieron en que el *Zeppelin IV* emprendiese, al día siguiente su regreso a Alemania.

La Sal Natural de Sprudel
de
Carlsbad
es la única legítima Sal de

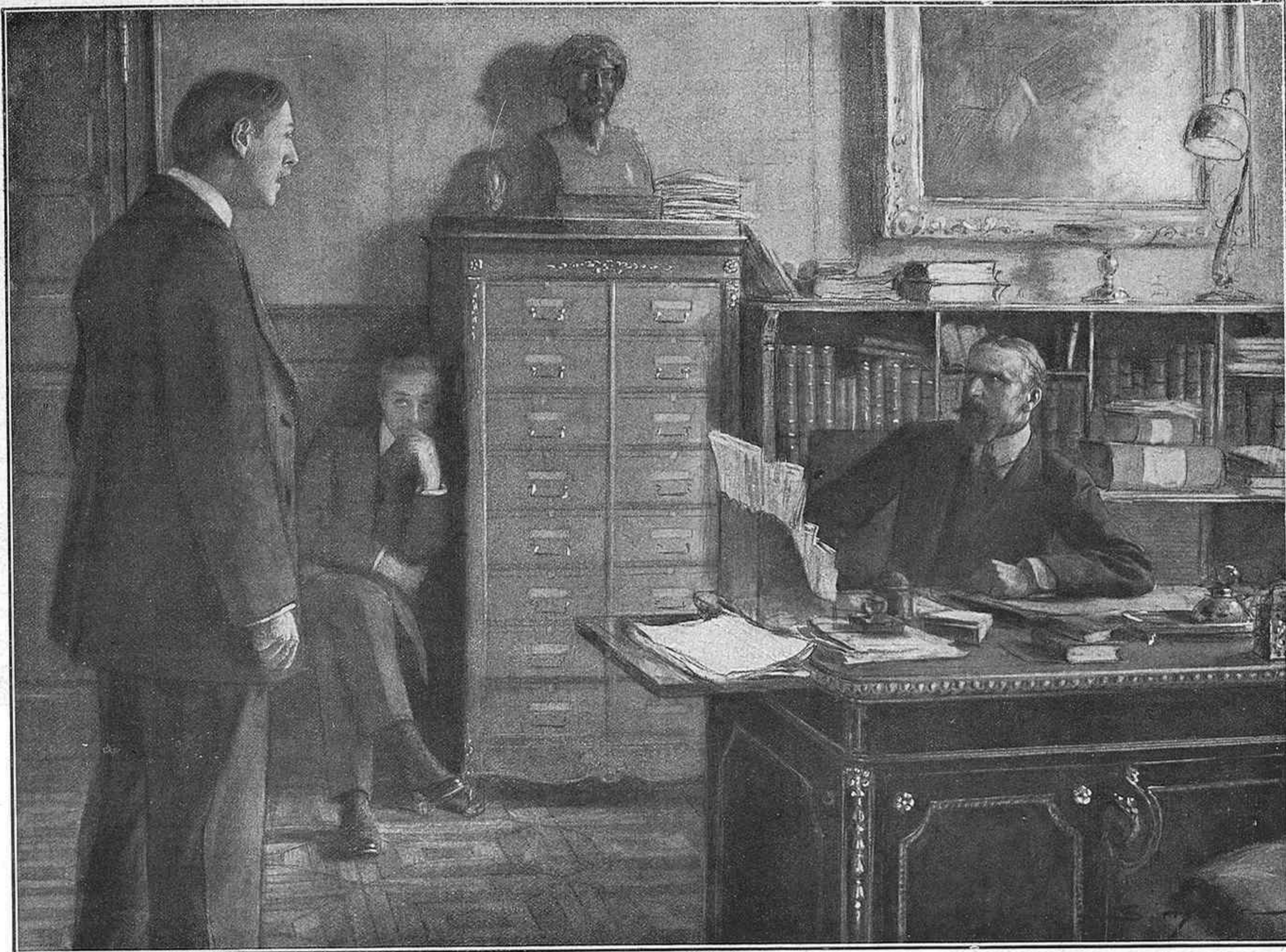
LOS FABRECÉ

NOVELA ORIGINAL DE PAUL MARGUERITTE. - ILUSTRACIONES DE SIMONT. (CONTINUACIÓN.)

Autoritario y violento, era débil en el fondo, y disimulaba las pasiones que le devoraban: la ambición, la riqueza y los placeres; las mantenía dentro

Él propuso:
- ¿Quieres que mande llamar a Virquot? ¿Prefieres interrogarlo sola?

Pero su mirada brillaba con menos ferocidad; la divina ilusión, la cual sin embargo únicamente la engañaba a medias, le cerraba los ojos bajo los be-



- Juan Marcos, si quieres hablar mal de ella, me voy. No abuses de que eres el gobernador

de las grandes líneas que el reposo de sí mismo exige, y, a pesar de su positiva aspereza, lleno de nobleza y de honor en el sentido usual de estas palabras.

En aquel momento, Armanda parecía casi fea, ella que pasaba por deliciosamente hermosa. Su tez de flor se inflamaba bajo la opulenta cabellera negra que formaba sinuosidades en las sienas. Con los ojos secos y la boca crispada, se abandonaba por primera vez al demonio imperioso de las borrascas que hasta entonces había amordazado con prudencia; pero aquella traición la cogía de improviso. Creer en la fidelidad de su marido, en la pura dicha de ambos y, a la presentación de la factura de un dije que ella no había recibido, factura extraviada bajo un sobre a su nombre, descubrir que Juan Marcos...

- ¡Ah!, era una vileza, era una cobardía; era...

No encontraba palabras bastante expresivas.

Con gran aplomo, él negaba, lo cual la ponía a ella fuera de sí, si bien no le hubiera perdonado el confesar. Porque pruebas, ella no tenía. El joyero, uno de los mejores de París, acababa de confundirse en desolaciones por teléfono: el descuido de un empleado... «No, no; de ninguna manera. El señor Fabrecé no había comprado la más pequeña joya a la señorita Hycler, de los Bufos. Al contrario el señor Fabrecé había encargado el día antes un collar de perlas para la señora Fabrecé, y el propio hijo del joyero iba a tener el honor de llevarse lo luego en auto, con muchas excusas.»

¿Qué pensar? Lo peor era lo más seguro. Armanda creía en la traición:

- ¿Quién me dice que cuando me has suplicado que te dejase con Virquot, no has aprovechado el momento para entenderte con el joyero? El teléfono no es para los perros.

No conteniéndose, se revelaba vulgar.

- ¡Ah, no! Déjate de testigos. Lavemos la ropasucia entre nosotros.

- Escucha, amiga mía, hasta ahora he sido paciente, pero te excedes ya.

Ella le miró medio vencida, vacilando entre la esperanza y la incertidumbre. Las apariencias vagas, las coincidencias fugitivas, lo que nos roza y lo que apartamos, tomaban cuerpo: tal noche de ausencia, tal pretexto dado...

- ¡No te creo!

- Como quieras. Pero es mucho cuento. Porque quiero darte gusto y regalarte perlas que deseabas desde hace mucho tiempo, das más crédito a un pedazo de papel equivocado que a mí que te amo. Vamos, tú sabes bien que yo te adoro.

Ella pensó en las perlas, que le gustaban con locura. Sí, eran una prueba. Y su credulidad; ¿no valía más? Pero la idea de ser engañada la lastimaba en una vanidad tan sensible, al mismo tiempo que en su ternura, que exclamó para quitarle la máscara:

- Voy a ver a esa mujer, y sabré la verdad.

- ¡Anda! Te pondrás en ridículo.

Ella dió un grito de verdadera desesperación:

- ¡Júrame, júrame que no la amas!

- ¿Yo? No me importa un comino. ¿Cómo quieres que ame a esa mujer que tiene más de cincuenta años?

- No es verdad; es mucho más joven.

En semejante caso, un hombre no se detiene ante una indelicadeza:

- A la luz de las candilejas, sí. Desde luego, tiene dos amantes.

- No es una razón. ¿Y cómo lo sabes?

- Habladurías de círculo. Yo detesto a las actrices. ¿Me crees ahora?

- ¡No!

so que a golpecitos hábiles Juan Marcos, que la había obligado a sentarse sobre sus rodillas, le aplicaba en el hueco de los párpados y en la comisura de la boca que ella volvió. Trémula, se ocultaba el rostro como si llorase, avergonzada, entre el cuello y la barba que la picaba.

- ¡Tontuela adorada!

Y se puso a reírse francamente.

- No quiero que te rías.

Entonces la besó de nuevo y ella no tuvo ya el valor de retirar sus labios. Recobrando su presencia de espíritu, Armanda dijo después de una pausa relativamente tranquila:

- Vas a reñirme: he sido demasiado brusca con Antonieta. Le he dado un bofetón.

- ¡Oh!, exclamó él muy contrariado. Ya sabes que no me gusta...

- Estuvo insolente.

- Entonces, concedió él.

Pero esta absolución no le salió de adentro. Armanda se excedía: ¡si al menos fuesen sus hijos! Le tenía muy disgustado aquella creciente mala inteligencia entre su mujer y sus hijas; y, no siendo bastante perspicaz para discernir sus causas y fijar las responsabilidades, distribuía en masa un voto de censura, sosteniendo a Armanda, por el principio del buen orden.

Parecióle, sin embargo, que no protestando acababa de pagar con una cobardía respecto a su hija su traición con su mujer.

Una causa de disgusto: aquellas riñas que crecían con otra madre y otros hermanos; inconveniente fatal de los matrimonios en segundas nupcias. Intangibles cargos, combatidos por la piedad, se alzaban en él contra las hijas de Claudia: la nerviosidad y la inestabilidad de aquellos temperamentos; y, sin que él se diese cuenta de ello, las prevenciones im-

buidas por Armada: «caracteres difíciles, recelosos.» Porque ella sabía sacar partido de los pequeños incidentes, de las dificultades fortuitas.

El no podía dudar, sin embargo, de su veracidad. Nunca se le hubiera ocurrido pensar que ella obedeciese poco a poco y cada vez más a unos celos inconscientes de madrastra. Por el mero hecho de ser Armada su mujer, la enriquecía generosamente, como verdadero amigo, con las cualidades que le deseaba.

Ella temía las reflexiones que Juan Marcos pudiese hacer; y como una gata que juega, se agarró a sus hombros:

— ¡Monstruo!

El se desprendió suavemente de sus manos. Un dolor lancinante le recordó su gota:

— Ahora, Armada, deja que me ocupe de los asuntos serios. Ahora tengo que dictar veinte cartas.

Ella hizo una mueca de desagrado, pero mostróse graciosa, con la frente serenada por la tormenta, y aquel engañoso encanto de ingenuidad que, unido a la maravilla de su cutis de leche, le daba un brillo tan seductor:

— ¿Sabes?, dijo ella; es absolutamente necesario que cases a mi hermana con tu hermano.

— ¿Con cuál? ¿Con Oliverio?

— ¡Tonto! Con el cónsul.

— ¿Con el chino? ¡Excelente idea! Cuenta casarse, en efecto. ¿Pero Liana querrá? La China está algo lejos de París.

— ¿Si se quieren?

— ¡Bonita cosa, el amor!

Ella le cortó la ironía con un beso:

— Te dejo. Trabaja.

Juan Marcos cogió el teléfono de la fábrica, llamó a su hermano y a su estenógrafa, examinó papeles, reanudó su trabajo con victorioso ardor, dando órdenes, recibiendo jefes de servicio, escuchando al uno y llamando al otro.

Su rostro recobró toda su energía. Como un desquite de haberse ablandado a su mujer y cedido respecto a su hija, gozaba de la impresión de temor y de respeto producida por su voz imperiosa y su mirada leonina. El mandar le embriagaba. Sus placeres eran poco menos que nada, al lado de aquel instinto dominador por el cual, inspirándose en Napoleón, concentraba en su cerebro todo el rodaje de aquella explotación enorme, atendiendo a todo, decidiéndolo todo en el acto, con una fertilidad de recursos y una amplitud de memoria que se imponían a la admiración de sus directores, formados a su ejemplo.

Un orgullo de tradición exaltaba aún más aquella supremacía: Juan Marcos perpetuaba la obra de su padre, retirado ahora. Era el árbol de transmisión del genio inventivo, espontáneo, fecundo de Pedro Fabrecé, del maestro inicial, inspirador de todo aquel mundo en movimiento, de aquella pequeña urbe de labor, con la cual le unía un hilo de voz por el pequeño teléfono de mano: la fábrica en que rugía el soplo ininterrumpido de las calderas de vapor, el ruido de los carros, el ritmo de las máquinas; aquellos establecimientos, de los cuales él, Juan Marcos, segundo del nombre, era el centro viviente, y que dirigirían más tarde, lo más tarde posible, sus hijos, herederos de su raza y continuadores de su destino.

Antonio y Florencio esperaban con impaciencia desde hacía tres cuartos de hora, cuando su hermano mayor dió orden de hacerlos entrar.

El enervamiento de Florencio había terminado por comunicarse al plácido Antonio. Pensaba éste que durante aquel tiempo, hubiera podido acompañar a Miga por el bosque. Le parecía estarla viendo sin nada a la cabeza, con el pelo ligeramente ondulado, pues, como verdadera campesina, no temía al sol ni al viento; un vestido de lana azul azotaba sus formas bien delineadas, y sus diminutos pies calzados de cuero amarillo trotaban alegremente sobre el musgo.

Florencio, una vez desaparecida su emoción, se deprimía, optimista después de la comida que volvía a ponerle bajo presión, pero pesimista antes, como todos los nerviosos. Hacía rato que había sonado el primer toque del almuerzo. Una irritación contraía sus facciones. ¿Es que Juan Marcos se burlaba de ellos?

Sus miradas, sus medias palabras de descontento los ligaban y, puesto que iban a humillarlos uno delante del otro, reforzaban su bravura. Esta cayó en presencia del gobernador.

Juan Marcos se les imponía, no solamente por su prestigio, sino por esa autoridad magnética que los fuertes ejercen.

Florencio, a quien miraba, bajó el primero los ojos, y Antonio apartó los suyos.

— No os felicito, dijo bruscamente. Me obligáis a

deciros, a vuestra edad, que hacéis cosas de chiquillos de mala índole.

— Exageras, se atrevió a decir Florencio.

— Déjame hablar: llevarás tu merecido. Desde luego, Antonio, estoy al corriente de tu conducta con Jenny-Rosa: no me gusta nada. Os han encontrado juntos con frecuencia. Cuando no, haces novillos con ella por el paseo de las Corzas, ya ves que estoy enterado, estás metido en Val-Changis en casa de su madre.

— Yo no...

— ¡Espera! ¿Qué te propones? Si es un amorcillo, has elegido mal, porque te pones en evidencia y comprometes a la muchacha... Un Fabrecé debe conservar su decoro. Si te propones seducir a tu hermana de leche, cuyos padres, aunque poco listos, son unas excelentes personas, la cosa es peor todavía, puesto que no podrás reparar nada.

— Pero nunca...

— No he concluido. Falta la hipótesis, infinitamente más probable, de que Jenny-Rosa, coqueta como todas las muchachas, se divierte contigo. Tus galanteos la halagan; pueden hacerle, si no le hacen, concebir esperanzas interesadas y ridículamente ambiciosas; y el que un día quedará en ridículo habrás de ser tú.

Detuvo el gesto de protesta de su hermano y añadió:

— ¡Sea como fuere, es preciso que eso concluya! Y marcando bien que contaba con su sumisión, apuntó algunas notas en su carnet, y levantó luego la cabeza con un poco de ironía:

— ¿Y bien?

Antonio daba vueltas a la lengua como si mascara una bola de goma. Al fin contestó:

— Por lo que toca a la cosa y a lo que te han contado, puesto que hay gente que no tiene nada mejor que hacer y esto les ocupa, es verdad. Jenny-Rosa y yo nos vemos cuando nos place, y no hacemos ningún mal. Ningún reproche merecen nuestras acciones ni nuestros pensamientos.

— ¿Crees que eso me basta?

Antonio se acaloraba lentamente:

— Te he contestado porque eres mi hermano, y porque te respeto a pesar de todo...

— ¿A pesar de qué?, dijo Juan Marcos herido en lo vivo.

— A pesar de que me hablas como si aun estuviese en la escuela y no tuviese veintidós años cumplidos. Porque en fin, permite que te lo diga, Juan Marcos, todo esto no importa a nadie más que a mí, todo esto es cuenta mía.

— Te equivocas; tus asuntos, desde el momento que comprometen tu nombre, nuestro nombre, me importan.

— No tengo que dar cuenta a nadie, dijo Antonio excitado por la complicidad agresiva de Florencio, y si quieres, no volverás a hacernos la injuria de pensar que Jenny-Rosa y yo tenemos malas ideas. Tal como es ella soy yo. No hay nada que decir. Los dos somos francos y honrados.

— ¿Entonces estás encaprichado con esa ladina?

— Juan Marcos, si quieres hablar mal de ella, me voy. No abuses de que eres el gobernador.

— Vamos a ver, ¿no quieres decir que la amas seriamente?

Antonio se sublevó contra la injuriosa duda, y dijo firmemente plantado:

— Si no la amase, viviría así con ella? ¿Me tomas por un miserable? Soy un Fabrecé. ¿Me consideras capaz de seducir a una niña? Si tal crees, tienes muy mala opinión de mí. Y de ella, si supones que es astuta y quiere hacerse dueña de mí. No, amigo mío; esa no es ella. No es lo uno ni lo otro, sino un amor de buena ley, ni más ni menos.

— ¿Y a dónde iréis a parar con eso? Quisiera saberlo.

— A la vicaría, dijo Antonio. ¿Adónde quieres que vayamos a parar?

Juan Marcos dió un respingo, y Florencio tuvo un pequeño estremecimiento anarquista. De buena gana hubiera gritado: «¡Muy bien!» Ahora, la cólera estupefacta del hermano mayor le divertía.

— ¿Estás loco?

— Pienso que no, dijo flemáticamente el otro.

— ¡Casarte con una campesina!

— ¿Campesina? Ni más ni menos que nuestra venerada abuela, cuando el abuelo Fabrecé la tomó por esposa.

«¡Bien contestado!, pensó Florencio. ¡Nadie conoce a mi Antonio y le creen tonto!»

Juan Marcos frunció las cejas:

— ¿Pero hablas en serio?

Y añadió con súbita violencia:

— ¡Es una estupidez!

— ¿Por qué?, preguntó Antonio, testarudo.

— ¿Jenny-Rosa cuñada nuestra? ¡Qué ridiculez! ¡No me hagas reír!

Se la imaginaba en sus salones, mal vestida, en presencia de Armada descotada o, ignorante y rústica, alternando cotidianamente con Sofia, con Isabel y consigo mismo. El orgullo le encolerizó:

— Antonio, en ausencia de papá, yo le represento. Vas a prometerme suprimir esas citas y esos paseos.

— No puedo.

— Di que no quieres. A ver, voy a hablarte como amigo. Un buen consejo: viaja durante algún tiempo. Reflexionarás, volverás en ti...

— No voy a marcharme en el momento en que la Condesa y el Chino llegan y en que se va a celebrar el cuarentenario de los papás.

Juan Marcos dió con súbito énfasis, pues eran frecuentes en él esas transacciones:

— Precisamente hubiera querido yo evitarles toda pena en semejante momento. Sería en ti un acto de generosidad el mirar por la salud de nuestra madre tan delicada. Y papá se halla demasiado absorbido por sus trabajos, para que tú le inflijas tan miserables disgustos.

Antonio contestó con calma:

— Voy a decirte una buena cosa: quiero hablar de ello a papá.

El Sr. Fabrecé, que se había fatigado un poco presidiendo dos importantes comisiones en el Senado, era esperado para el día siguiente o dos días después.

— ¡Si crees que te aprobará!

— Él juzgará.

Pronunció estas palabras con furor, como todos lo hubieran hecho. El padre, para ellos, lo era todo.

Juan Marcos se mordió los labios:

— ¡Pues bien, sea!

Pero su aire no presagiaba nada bueno. Resuelto a no tener la última palabra, acababa de tomar una resolución brutal, que se abstuvo, y con razón, de dejar sospechar.

Florencio vió entonces dirigirse hacia él la mirada severa, y se apoderó de él un malestar que se reprochó como una debilidad. No tenía excusas plausibles como Antonio.

Juan Marcos le dió con una serenidad inesperada:

— No volveré sobre los hechos consumados. ¿Supongo que sientes lo ocurrido?

Florencio fijó la vista en el suelo.

— Una sanción es indispensable, no solamente en sí, sino para los que no ignoran tu aventura. Es un gran escándalo ahogado. Partirás esta noche para Londres. Te encargaré una misión cerca de las principales casas editoriales.

— ¿Por cuánto tiempo?

— Ya veré.

— ¿Y si me niego?

— No te negarás. Sin mis diligencias, sin la de Isabel, sobre todo, te verías procesado. ¡Un Fabrecé! ¡Bonito espectáculo!

Juan Marcos se había levantado — ¡ay! ¡la gota! — ; y añadió en tono menos riguroso:

— Lo que te impongo es tanto por tu bien como por el nuestro, y me es sensible. Motivaré tu ausencia cerca de nuestros padres, de Jaime y de Simona, a fin de que no sufra tu amor propio.

Florencio vacilaba. El bien y el mal se disputaban en él. El rencor, la humillación y los sentimientos que no se levantan, en su vehemencia, sino entre seres de una misma sangre. Pero la imagen de Isabel y la conciencia de su falta... Por otra parte, desterrado, castigado como un niño, en el momento de la gran fiesta de la familia, cuando todos los corazones palparían al unísono, era cruel.

Murmuró con voz sorda:

— Partiré.

Juan Marcos le puso la mano sobre el hombro:

— Estaba seguro.

Y añadió:

— Está bien, vamos a almorzar.

IV

Tomaban el café en la galería, cuando Gervasio trajo un telegrama. Juan Marcos lo leyó, mientras que Armada, por un resto de desconfianza, miraba por encima de su hombro.

— Jaime está en Marsella, exclamó; ha podido tomar el vapor más pronto de lo que creía. Mañana comerá con nosotros.

Hubo una explosión de alegría. ¡Qué grata sorpresa para papá! Sofia corrió a dar la noticia a su madre. Las voces subían. Corrió una tibia satisfacción. Oscuras leyes rigen los afectos familiares; Jaime, en razón de sus ausencias y de su jovial carácter, gozaba de un entusiasmo, realzado de orgullo.

Como Juan Marcos, llevaba, a los treinta años, la cinta encarnada de la Legión de Honor, por su valiente conducta cuando los trastornos boxers. Durante seis días había defendido su consulado atacado por hordas, y salvado la vida a unas treinta personas. A su lado, la señora del cónsul de Inglaterra había manejado el revólver con buena puntería.

Todos los rostros que, minutos antes, disimulaban en el buen acuerdo de la conversación sus preocupaciones, Juan Marcos su alarma, Armanda sus celos, Isabel y su marido su ternura inconsolada, Oliverio una crisis de duda como las que combaten a los mejores sacerdotes, Antonio su amor y Florencio su partida, todos los rostros revelaron una alegría idéntica: «¡El Chino llega! ¡El Chino llega!»

La noticia, comunicada por Gervasio en la cocina recibió la misma calurosa acogida entre la servidumbre. Y Florencio no pudo menos de hacer observar en voz baja que Jaime tenía suerte. El excelente joven merecía aquellas demostraciones de júbilo, pero, ¿por qué ningún otro las hubiera suscitado? ¿Ni Simona ni el mismo Oliverio?

La señora Siglet-du-Salt, atraída por el rumor — hacía años que tomaba por almuerzo en sus habitaciones una taza de leche — fué saludada con entusiasmo. Alta, delgada, con mucha viveza todavía en la cara bajo sus cabellos blancos, y apoyándose en un bastón con puño de plata y contera de caucho, permanecía, pestañeando, en medio del grupo que le repetía a porfía:

— ¡El Chino, el Chino, abuela!

Ella manifestó una alegría moderada. En los intervalos, olvidaba a su nieto. Sentada en un gran sillón, escuchaba los proyectos locuaces: ¡había que casar al Cónsul!

Todos pensaban lo mismo, con el deseo y casi la certidumbre de labrar su felicidad; Sofía, para una de sus amigas; Isabel, para una prima de Cirila.

Pero Armanda recordó una toma de posesión:

— Desde luego, yo le retengo para Liana.

Sofía hizo oídos sordos: bastaba con una Charnot en la familia. Conciliante, Isabel sonreía. Sentada al lado de su marido que, muy cuidado, con los cabellos un poco largos y la barba lustrosa, presentaba un rostro intenso de Cristo, le tenía cogida la mano con un gesto de guía y de amante. Aquel lago viviente los unía con una sensibilidad particular en que la más ligera presión se repercutía.

— ¡Imposible!, exclamó Juan Marcos, quien, fumando su cigarro, miraba al parque por una de las vastas aberturas.

Armanda se lanzó, y tras de ella otras; el mismo grito partía:

— ¡Cómo! ¿Sin prevenir? ¡Simona! ¡Aquí está Simona!

A lo largo del paseo principal que conducía a la gran meseta, llegaban en una victoria de la estación la señora Palotzeff y sus dos hijos que tenía arrimados a ella. Levantó los ojos y agitó su sombrilla con vaguedad. Tenía el rostro trastornado y muy pálido.

Menos Isabel, que se había quedado al lado de Cirila y de la abuela — no hablemos de Juan Marcos a quien la gota y la importancia que se daba no le permitían apresurarse —, toda la familia, precipitada a recibirla la asediaba a preguntas con inquietud:

— ¿Hay novedad?.. ¿Y Sergio?.. ¿Cómo sola?.. ¿Estás enferma?.. ¿Por qué no has telegrafiado?

Sintió que hacía un gran esfuerzo por parecer alegre, besando y contestando al azar. «¿Qué tiene?», se preguntaba cada cual.

Muy seductora, con un encanto algo exótico debido a su vida nómada, con un cutis de color rosa pálido, quitóse, como si le hubiese oprimido la frente, su toca en forma de mitra.

— Tengo una jaqueca atroz, dijo.

Aunque esto fuese plausible, y aunque ella se pasaba las manos por las sienes, sobre las cuales se acumulaban admirables cabellos de oro, color algo artificial tal vez, nadie se dejó engañar enteramente.

Armanda se apoderó autoritariamente de ella:

— ¿Habéis almorzado? ¿Queréis tomar algo? ¿Y tus hijos?

— No, nada, gracias.

Llamaron a Juan Marcos al teléfono. Antonio y Florencio, discretos, retenían a Iván y a Betty hacia quienes corrió Mimí acariciadora, seguida de Antonieta menos entusiasta, porque la precocidad de Iván y su aire de lobatillo salvaje le inspiraban antipatía.

Isabel se había precipitado hacia Simona, a quien la señora Siglet-du-Salt abrió los brazos con una efusión maquina, como gastada; ya Sofía y Armanda conducían a su hermana a la habitación de la señora Fabreccé.

Tendida en un sillón-cama, ésta, al oír abrir la puerta, se puso en pie y su hermoso rostro resplandeció:

— ¡Querida hija mía!

La abrazó con una emoción casi adivinadora, escudriñándola con sus hermosos ojos negros, tan dulces, tan expresivos. Pero Simona, advertida, dominó bastante para eludir sospechas:

— ¿Sergio?, inventó con una volubilidad que parecía natural; retenido en Florencia por un Congreso de Ciencias matemáticas que le interesaba particularmente... Un poco cansada, nada de grave; precedía a su marido en Val-Montoir... ¿No había anunciado su llegada? Debía hacerlo; una mala inteligencia... ¿Los niños?.. Perfectamente buenos..., iban a subir a abrazarla...

La señora Fabreccé, con los labios entreabiertos y la respiración corta, con un frasquito de éter al alcance de su mano, porque sufría sofocaciones, contemplaba ávidamente a su hija tendiéndole las manos; su ternura ansiosa vacilaba en tranquilizarse:

— ¿De veras? Tienes mal semblante.

— La fatiga del viaje, aseguraba Armanda impaciente por instalarla, mientras que Sofía iniciaba un movimiento de retirada.

Pero la madre, tanto tiempo privada de ella, no la cedió de mala gana:

— Promete que vas a descansar un poco. Procura dormir.

Simona la miraba con trastornado amor, temerosa de alarmla, próxima a lanzarse sobre su corazón y a llorar a medida de su infortunio. Hacía treinta y seis horas que venía jadeante, como una cervatilla acosada hacia aquel refugio. ¿Quién podría comprenderla y compadecerla mejor que su madre?

En su cuarto, entre Sofía y Armanda irritadas de ser dos, sacó nerviosamente de una maleta su neceser de tocador.

— Te aseguro, Armanda, te aseguro, mi buena Sofía, pero no hay nada de terrible... Algunos quebraderos de cabeza, como todo el mundo...

Y su rostro, con una sonrisa más triste que las lágrimas, parecía una puerta cerrada con llave.

Afortunadamente vinieron a llamar a Armanda: el joyero... Esta diversión cambió el curso de sus ideas y la obligó a batirse en retirada.

Pero tampoco habló delante de Sofía. Sacó de su maleta un kimono.

Sofía quiso desabrocharle el vestido. Este gesto inocente hizo retroceder a Simona, la cual dijo vivamente:

— No, deja, me desvestiré sola.

La otra, apenada, resentida, obedeció a un arranque de bondad. Ciertamente le dolió a ella, la mayor... Pero un solo ser, en la casa, exceptuando a la madre, podía aportar a su hermana un poco de tranquilidad: la más modesta, la mejor de todas.

— ¿Quieres que vaya a buscar a Isabel?

La expresión casi dura de sufrimiento que tenía Simona pareció fundirse. Dijo que sí con la cabeza, y echándose al cuello de Sofía:

— Perdóname... Más tarde sabrás...

— Sí, sí, dijo la otra con amante rudeza.

Jacquemer y su esposa se habían retirado a su pieza de trabajo favorita, una galería que un *bovindo* inundaba de luz, como si los ojos muertos de Cirilo recogiesen de ella un vago resplandor y la caricia del sol fuese más tibia para su rostro.

— Van a venirte a buscar, dijo él con esa intuición delicada de las cosas y de los seres que raramente le engañaba.

Nada más que al tono de Juan Marcos y de Armanda, aunque dueños de sí mismos, Cirilo había adivinado la tormenta. Lo mismo que con Simona, a su apretón de mano.

— Ocurre algo grave, dijo. Tu hermana ha huído de su esposo.

Dieron un ligero golpe a la puerta.

— Es Sofía, adivinó él. Anda, hija mía.

Sus dedos translúcidos buscaron a su mujer. Basó un beso sobre su frente, la puerta volvió a cerrarse. La belleza que, estando ella presente, le animaba, se retiró; sus facciones volvieron a ponerse descoloridas como la ceniza; el ciego gimió con un horror grave:

— ¡Ah!, ¡qué miseria! ¡Estas tinieblas!.. ¡Y Polotzeff ve, con sus ojos de chacal, el bruto!

Detestaba a Sergio, porque le conocía a fondo. En él, repulsión o amistad dependían de imponderables, inmediatos matices.

Simona continuaba arreglando sus cosas. No volvió el rostro en seguida; dirigiéndose luego a Isabel, le dijo bruscamente:

— ¡Sólo tú puedes salvarme!.. ¡Estoy perdida si no me sacan de sus garras! ¡Que me hagan divorciar en seguida!

Hablaba como en una pesadilla.

— ¡Cálmate!, ¡cálmate!

E Isabel la acariciaba como a una criatura a quien se tranquiliza.

Simona se retorció las manos.

— Mi vida, mi pobre vida desgraciada... Mi juventud y lo que ha hecho de ella, mi fe en él, todas mis ilusiones; ¡ah!, ¡el miserable!

Su hermana mayor, atrayéndola por la cintura, la hizo sentar a su lado, abatida y temblorosa.

— Me matará, lo ha dicho, quiere matarme, entonces he huído. Defiéndeme. ¡Está loco, y si no está loco, es un monstruo!

Con frases entrecortadas, con puntos negros inexplicables, con imágenes acusadoras, con repeticiones y rodeos que cerraban el círculo de aquel infierno doméstico, Simona hizo su confesión.

A través del drama, alzóse un extraño Polotzeff, tal como lo había presentado Cirilo, pero rebasando tanto lo creíble, que Isabel empezó por dudar de si estaba Simona en su cabal juicio o hablaba bajo el imperio de una de esas enfermedades nerviosas que falsean sin destruirlo, y hasta aguzan el juicio, y dan a los sufrimientos imaginarios del histerismo el acento sincero de los más emocionantes dolores.

Simona, como si adivinase, dijo tristemente:

— No estoy loca, no; y sin embargo había para perder la razón.

Refirió sus siete años de matrimonio, dos de ellos felices, pero de una felicidad inestable, caprichosa como el carácter de Sergio, pero soportados por amor y consolados por el nacimiento de Iván. No mucho tiempo. Sergio ya la engañaba y ella adquiría de su traición esas pruebas que se evaporan cuando creemos tenerlas, pero que nuestro instinto y seguros indicios atestiguan.

Porque la había engañado, no una vez, sino diez veces, cien veces, con una habilidad y un aplomo extraordinarios, constantes coartadas, una suerte increíble, negando con indignación, simulando y hasta sintiendo una ternura perversa y atreviéndose a probarla; pues ella no podía afirmar que él no la amase a su manera y que ella no le fuese indispensable, como una presa viva, un corazón y una carne para el sufrimiento en que se saciaba su sadismo intelectual.

Y aquello no era más que el principio. De año en año, Sergio impune se revelaba en su aterradora extravagancia. Bajo la máscara refinada del eslavismo, cruzado de americanismo, aparecía una fiera. Ella había tenido que soportar escenas ultrajantes, celos injustificados, una tiranía de carcelero, frenesíes de maniático, y lo que era peor, ¡brutales golpes!

Isabel, incrédula, se exclamaba. Simona le enseñó en el brazo magulladuras circulares, azuladas y tumefactas.

— ¡Oh!, ¡se atrevió!

— Sí, hace tres días, atándome con cuerdas para que no me pudiese escapar. Por que no me he escapado sino a costa de una suprema humillación: he tenido que desarmar sus sospechas, fingir una reconciliación, ¡soportar el horror!..

Refirió su huida a la estación, durante una corta ausencia del verdugo, su miedo de ser alcanzada, después de haber tomado el tren, la obsesión del castigo...

— Es abominable, repetía Isabel; pero, ¿por qué? ¿por qué?

— ¿Lo sé yo acaso? Es inconcebible. Diríase que ha tomado venenos; ¡si vieras entonces su cara, su horrenda cara que nadie conoce!

Un fuerte temblor la agitaba.

— ¿No es morfínmano?

— No lo creo. ¿Cómo saberlo? ¡Es tan receloso! ¡Se observa tanto!

— ¡Pero pegarte! ¿Es posible?

— ¡Oh!, la cosa vino poco a poco. Al principio so pretexto de educación moral. Porque, decía él con una sonrisa exquisita: «Quien bien te quiere te hará llorar.» Quiso imponerme sus gustos, sus aficiones, sus ideas, sus preferencias, sus vicios. Sabes que es muy fuerte en letras y en música. Exigía que le leyese alguna obra durante horas o que le tocara el piano noches enteras; por una entonación que no le gustara, por un compás demasiado lento o demasiado breve, me daba capirotaos o pellizcos que demostraban claramente que se complacía en hacer mal. Luego, esto ya no le bastó; armóse de un látigo. Allí estaba, entre nosotros dos, como una víbora tendida, pronta a silbar y a morder.

— ¡Oh!, ¡Simona! ¡Y aceptaste semejante cosa! ¡Y tuviste otro hijo!

Esto era increíble; pero lo más asombroso era que ella no hubiese ya roto definitivamente el yugo cinco años atrás.

(Se continuará.)



La Fiesta del Sainete. - Señoritas que ofrecieron flores a los concurrentes

ACTUALIDADES MATRITENSES

Con la brillantez de todos los años se ha celebrado en Apolo la Fiesta del Sainete organizada a beneficio de la Asociación de la Prensa. El teatro se hallaba artística y elegantemente adornado, con magníficas plantas y flores; los vestíbulos y con riquísimos mantones de Manila y guirnalda la sala de espectáculos.

Bellas y distinguidas señoritas vestidas de valencianas reparaban a las señoras preciosos ramos de flores.

La compañía del Teatro Español representó el sainete *Los*

presentaron el entremés *La gaita y el león*, de Eugenio Sellés; y la compañía de Apolo estrenó *Sangre de horcha'a*, de los hermanos Cuevas.

Además tomaron parte en la función la *Chelito*, la *Argentinita*, Julia Fons y Pastora Imperio, que cantaron varias canciones y ejecutaron algunas bonitas danzas.

Para informar ante la comisión que actualmente se halla reunida en Madrid a fin de acordar todo lo relativo a la internacionalización de Tánger, han estado recientemente en la corte varios notables moros tangerinos. Durante su permanencia en la corte han sido objeto de varios agasajos y han visitado los principales museos y edificios públicos.

Procedentes de Melilla y de Alhucemas han llegado a Madrid algunas fuerzas indígenas de aquellas plazas para tomar parte en la jura de la bandera. Mandan las de Melilla, que forman un total de 345 hombres, el coronel Berenguer; y el tabor de Alhucemas, compuesto de 132 infantes y 44 soldados de caballería, está a las órdenes de los capitanes Orgaz y Parache.

Estas tropas, que visten pintorescos uniformes, han sido instaladas en un campamento levantado en Carabanchel, adonde acude todos los días mucha gente para presenciar los rezos, abluciones y maniobras militares de los soldados moros.

Nena Teruel, comedia en tres actos de los hermanos Quintero, estrenada en el Teatro de la Princesa, ha tenido un éxito extraordinario. De la obra han escrito los autores, en una autocrítica: «Nena Teruel es una actriz famosa, joven y bella, que se casa enamorada de un hombre, enamorado de ella, a su vez, a quien la escena le hiere y le repugna. Nena, por consecuencia, deja, al casarse, cuanto había constituido su vida: laureles y glorias... ¿Es luego feliz? Sin duda. Pero de cuando en cuando turban su espíritu recuerdos de la vida pasada, que quieren vida nueva... Y cuando el marido, cada vez más celoso de su ventura, le dice, entre cruel y enamorado, que jamás volverá a la escena, mientras sea su esposa, Nena Teruel llora con desconsuelo y se jura a sí misma, por amor a aquel hombre, sacrificarle hasta la memoria de lo que fué...»

«Esta es la comedia. El epílogo es la solución poética de este conflicto. La solución poética, sí, porque en la vida, aquellos dramas que nadie resuelve porque no tienen solución, sólo puede resolverlos la poesía. Poco más o menos, tal nos decía D. Juan Valera, bien que con más galanas palabras, naturalmente, a propósito de otra comedia nuestra que le dedicamos.»

La comedia, que tiene un fondo sentimental y de pasión y cuyo último acto, o epílogo, es una de las notas más tiernas y delicadas que sus autores han llevado al teatro, está salpicada de escenas episódicas de muchísima gracia y tiene tipos admirables arrancados de la misma realidad.

En la interpretación se distinguieron Matilde Moreno, la señora Calderón y la señorita Sampedro, y los Sres. Tallaví, Calle, Sepúlveda y Maximino.

Gran número de literatos, periodistas, artistas y actores han obsequiado con un almuerzo al notable escritor argentino Sr. García Velloso.



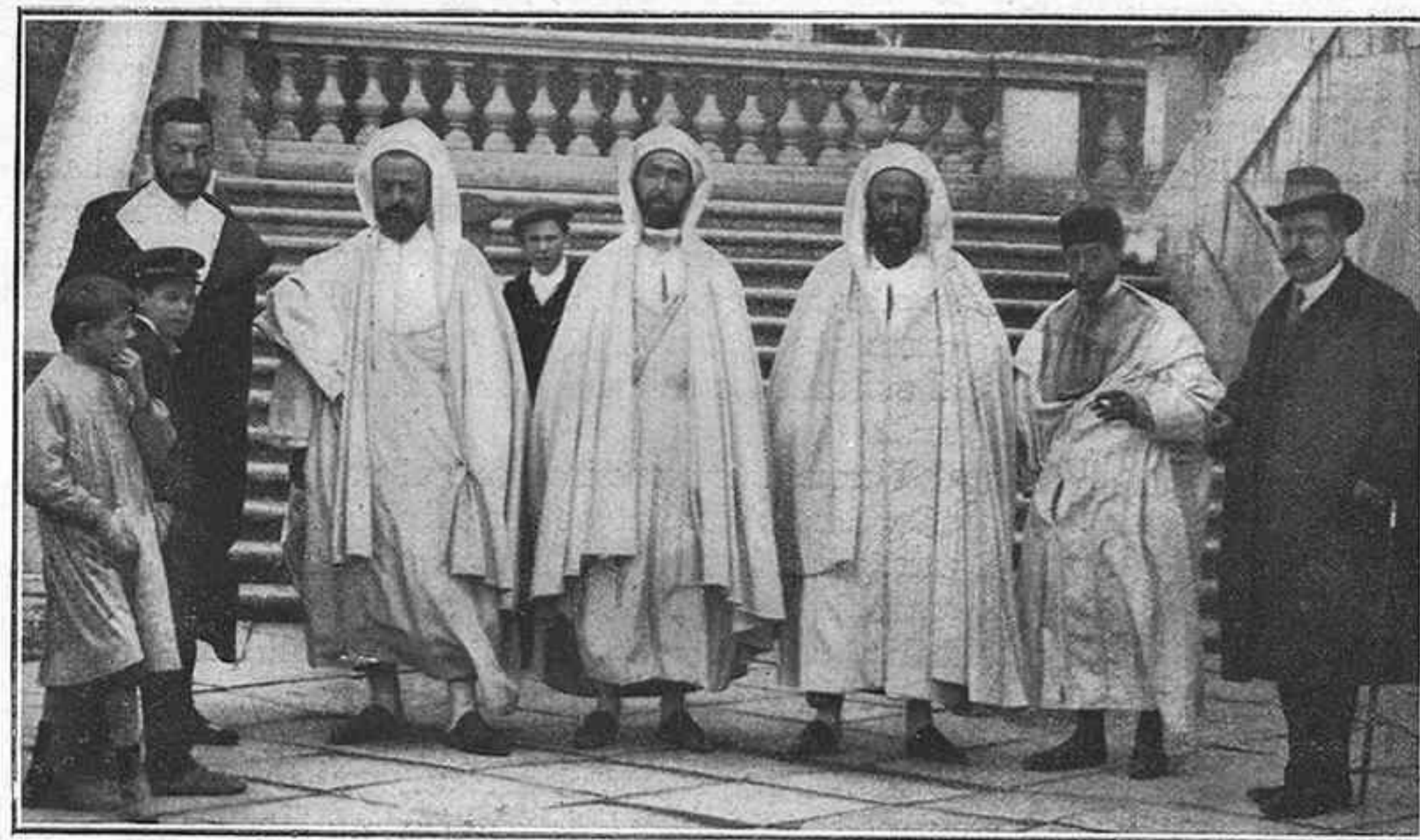
La Chelito, la Argentinita, Julia Fons y la Reina de la Jota que tomaron parte en la Fiesta del Sainete

so para celebrar el éxito alcanzado por éste en la representación de su preciosa comedia *Fruita picada*. Presidió la fiesta el ministro de Instrucción Pública, a cuyos lados se sentaron el agasajado y D. Jacinto Benavente, y entre los comensales, que pasaban de ciento, figuraban Benlliure, los hermanos Quintero, Moreno Carbonero, Díaz de Mendoza, Valle Inclán, Tallaví,



Una escena de «Nena Teruel», comedia de los hermanos Alvarez Quintero estrenada con gran éxito en el teatro Español.

Bretón, Martínez Sierra, Cánovas y Cervantes, Vives, Fuentes, Betegón, Morote, Francos Rodríguez, Ladevese y otros. Al final del banquete llegó el representante de la República Argentina en España Sr. Wilde.



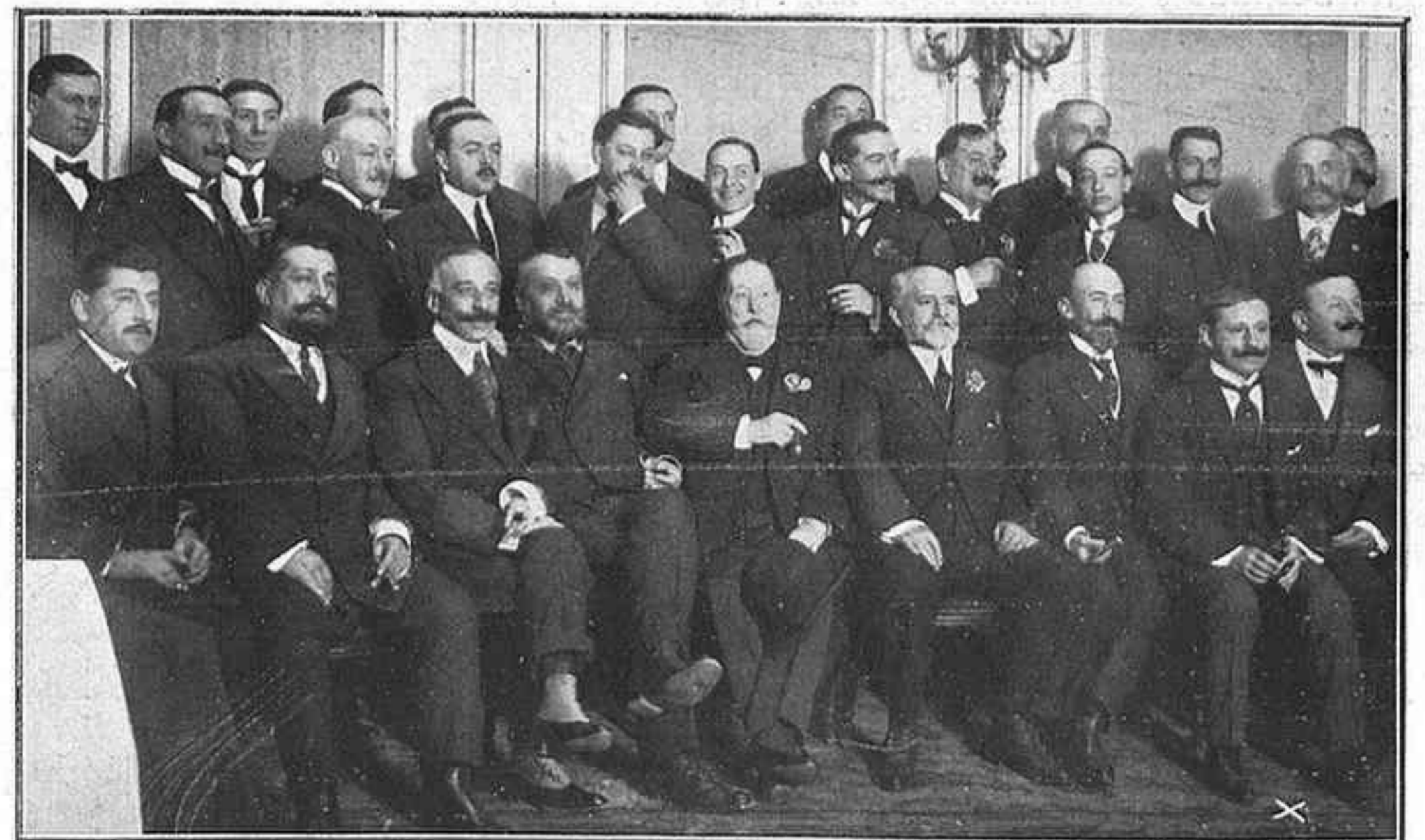
Moros notables tangerinos que han ido a Madrid para informar ante la comisión que entiende en la internacionalización de Tánger

escaparates, del Sr. Montalbán, recientemente estrenado y premiado por el Ayuntamiento; la de Lara, *Las mocitas del barrio*, aplaudido sainete de los Sres. Casero y Larrubiera, música del maestro Chueca; María Guerrero y Díaz de Mendoza interpretaron admirablemente el paso de comedia *El gavilán*.



Fuerzas indígenas de Melilla y de Alhucemas que han ido a Madrid para tomar parte en la jura de la bandera. - Soldados preparando el te en el campamento de Carabanchel.

de la espada, escrito expresamente para aquella función por Eduardo Marquina; la de la Comedia estrenó el sainete de Ramos Martín *La redacción*; la señora Bárcena y el Sr. Peña re-



Grupo de literatos y artistas que asistieron al banquete dado en honor del notable periodista y dramaturgo argentino Sr. García Velloso (x)

En el grabado adjunto están en la primera fila, de izquierda a derecha, los Sres. Cánovas Cervantes, Betegón, Morote, Francos Rodríguez, Wilde, ministro de Instrucción Pública, Benavente, García Velloso y Quintero (S.).

(Fotografías de Vidal.)

BARCELONA. - EL SALÓN DEL AUTOMÓVIL EN EL TURÓ PARK



Vista parcial de las instalaciones de automóviles. (De fotografía de nuestro reportero Alejandro Merletti.)

En el Turó-Park, situado en las afueras de Barcelona, se ha instalado esta interesante exposición patrocinada por S. M. el rey D. Alfonso XIII y por el Real Club de Cataluña y que comprende, además de automóviles, todo cuanto se relaciona con éstos, con el ciclismo y con los deportes en general. Han concurrido al Salón importantes casas nacionales y extranjeras, habiendo algunas de ellas montado stands verdaderamente notables. Entre los principales expositores merecen especial mención la Hispano-Suiza, las casas Delahaye, Pilain, Vermorel, Ca-

sajuna, Sanromá, Renault, Abadal, Beug, Barry, Bergougnan, Michélin, Cerveto, Montel, Continental, Bauche, Albanell, Prowodnick, Hotchkiss, Ford y Daimler.

La revista profesional *Stadium* tiene una bellísima instalación con muchas y muy notables fotografías.

El Salón es visitadísimo y en él se celebran continuas fiestas a las que concurre la mejor sociedad barcelonesa, ofreciendo todas las tardes aquel ameno sitio animadísimo aspecto.

PAPEL WLINSI Soberano remedio para rápida curación de las *Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos*, de los *Reumatismos, Dolores, Lumbagos, etc.*, 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de París.
Exigir la Firma WLINSI.
Depósito en todas las boticas y droguerías. - PARIS, 31, Rue de Selne.

NUEVA REIMPRESION
FABULAS DE ESOP
traducidas directamente del griego y de las versiones latinas de FEDRO, AVIANO, AU-LO CELIO, etc., precedidas de un ensayo histórico-crítico sobre la fábula, y de noticias biográficas sobre los citados autores por EDUARDO DE MIER. - Lujosa edición en un tomo, profusamente ilustrado con grabados intercalados, láminas aparte y encuadernado en tela. - Su precio: 18 pesetas.
MONTANER Y SIMÓN, EDITORES

DENTIFRICOS HIGEIA
ELIXIR
POLVOS
CREMA

FUMISTERIA CAÑAMERAS
Fundada en 1850

COCINAS MODERNAS
GRAN VARIEDAD DE MODELOS
TERMO-SIFONES PARA BAÑOS
ASADORES AUTOMÁTICOS
TOSTADORES, CALORÍFEROS Y CALEFACCIÓN POR AGUA Y VAPOR
PRENSAS, BANCOS, MESAS Y SILLAS

Fábrica despacho: SICILIA, 141 y 143
Teléfono 1940
Depósito: HOSPITAL, 87. Teléfono, 2120
BARCELONA

Sucursal: ESPOZ Y MINA, 15. - MADRID
Teléfono, 3317

PARA CURAR SIN MOLESTIA
CALLOS Y DUREZAS
CALICIDA
ESCRIVÁ
ES EL
UNICO REMEDIO DE ÉXITO SEGURO

CANTARES POPULARES Y LITERARIOS
RECOPILADOS POR D. MELCHOR DE PALAU
Un tomo de 374 págs., 5 pesetas para los subscriptores á esta ILUSTRACIÓN

PLAZA · D · LA UNIVERSIDAD · 5 · **MOSAICOS BARCELONA**
ORSOLA · SOLA · Y · C

MADRID. - NOTAS DE ACTUALIDAD. (Fotografías de Vidal.)

El día 2 de este mes efectuóse en el Ministerio de Estado el canje de ratificaciones del tratado franco-español sobre Marruecos. El acto se celebró en el despacho del ministro y a él asistieron, además del Sr. Navarro Reverter y del embajador de Francia señor Geoffroy, el subsecretario Sr. González Hontoria, el consejero de la embajada de Francia Sr. Viégué y el jefe del Protocolo Sr. Heredia.

El Sr. Geoffroy hizo entrega al ministro del ejemplar del tratado ratificado por las Cámaras francesas y firmado por el presidente de la República señor Poincaré, y el Sr. Navarro Reverter, a su vez, entregó al embajador el ejemplar aprobado por el Parlamento español y firmado por S. M. el Rey.

Inmediatamente se levantó acta del cambio de ejemplares, que fué rubricada por los Sres. Geoffroy y Navarro Reverter.

Después de cambiarse entre ambos personajes expresivas palabras de felicitación y de mutuo afecto para ambos países, los Sres. Geoffroy y Viégué salieron del ministerio, siendo despedidos por el ministro y el alto personal de aquel departamento.

Se ha celebrado en la corte recientemente la Asamblea de las Cámaras de Comercio e Industria, en la que se han tratado asuntos de verdadera importancia para los intereses que aquellas entidades representan.

La sesión inaugural revistió gran solemnidad y se efectuó en el grandioso salón del Palacio de la Bolsa, que se hallaba totalmente ocupado por los delegados de las Cámaras españolas que habían de tomar parte en la Asamblea. Fué presidida por el ministro de Fomento Sr. Villanueva, quien tenía a sus lados a los Sres. D'Angelo, direc-

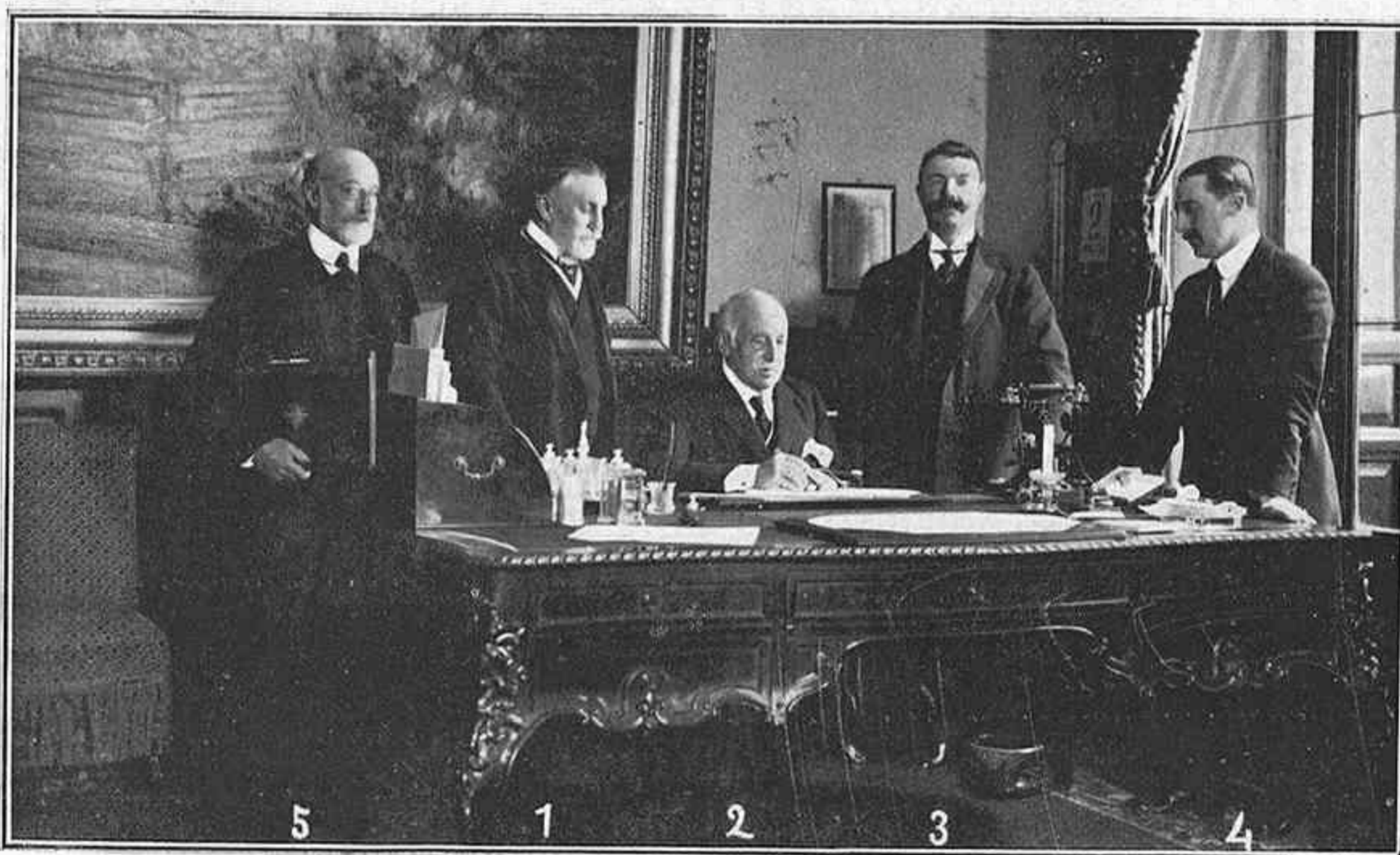
tor general de Comercio; Vallejo y Prast, presidentes de las Cámaras de Industria y Comercio de Madrid respectivamente; González y Carvajal, secretarios de estas dos corporaciones, y Ungria, Sedó, Matesanz, Letuain, de Castro y Ramírez de Pablos, presidentes de varias Cámaras de provincias.

Pronunciaron elocuentes discursos los Sres. Vallejo, Prast y Villanueva, quien, en nombre del Rey y del Consejo, felicitó a los asambleístas, dedicó entusiastas elogios a las Cámaras de Comercio e Industria, las invitó a que trabajen con fe porque cuentan con el auxilio de la opinión pública y del gobierno para seguir por la senda del progreso, y declaró abierta la Asamblea.

La sesión de clausura tuvo lugar el día 5 y fué presidida por S. M. el Rey, quien pronunció un elocuente discurso enaltecendo la misión de las Cámaras y ofreciendo que su gobierno atenderá sus nobles aspiraciones.

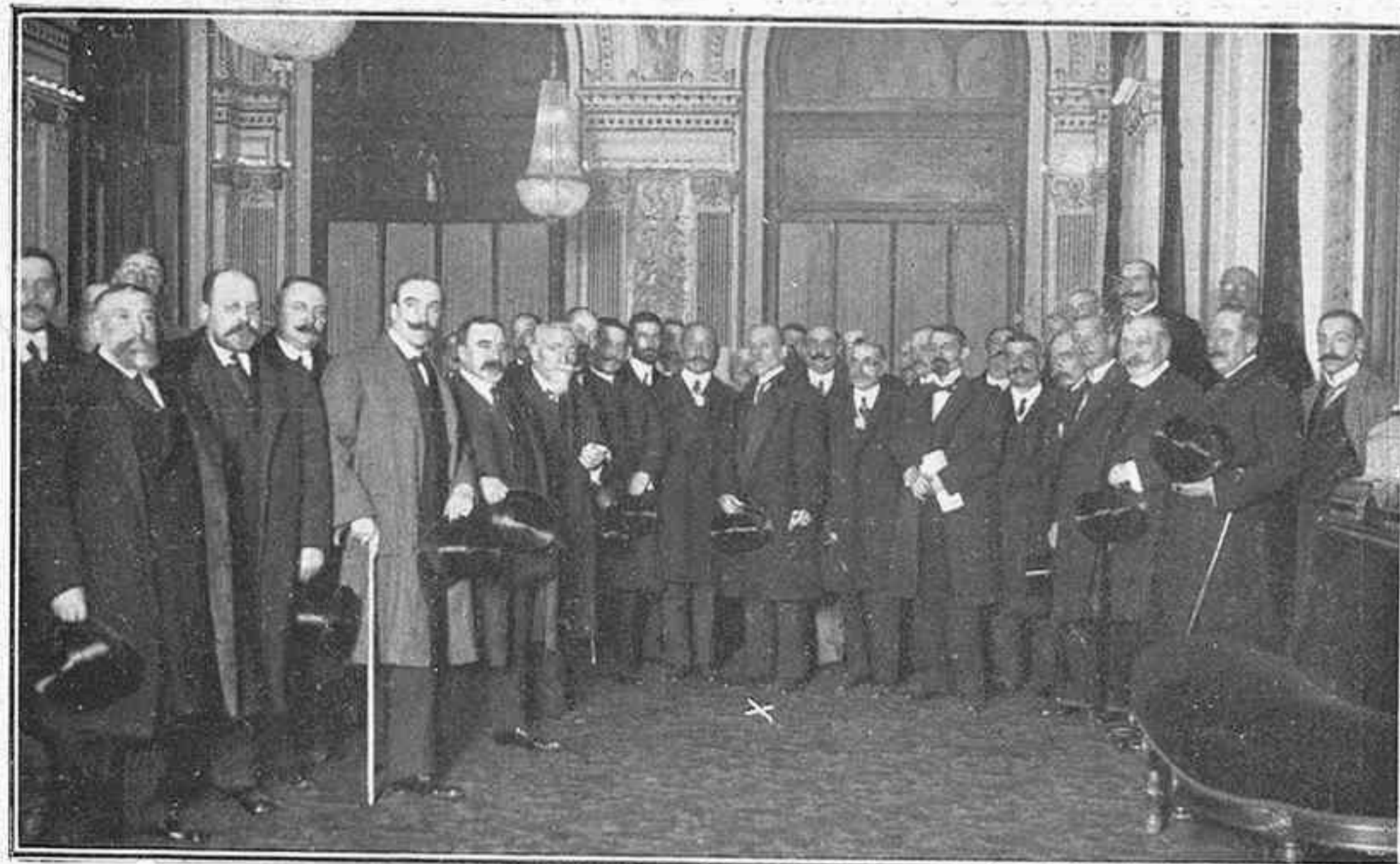
El día 1.º de este mes se inauguró el Museo de productos africanos instalado en el Centro Hispano-Marroquí. El salón hallábase lleno de distinguido público, en el que figuraban dos de los notables moros que han ido a Madrid para informar ante la comisión que entiende en la internacionalización de Tánger.

Presidió el acto D. Rafael M. de Labra, a cuyos lados se sentaron los señores D'Angelo, director general de Comercio, y Foronda, representante de la Real Sociedad Geográfica, y pronunciaron sentidos y elocuentes discursos los Sres. Maestre, Doval, Maltrana, Foronda, Labra y D'Angelo. Terminada la sesión, procedióse al reparto de premios a los alumnos de árabe vulgar.

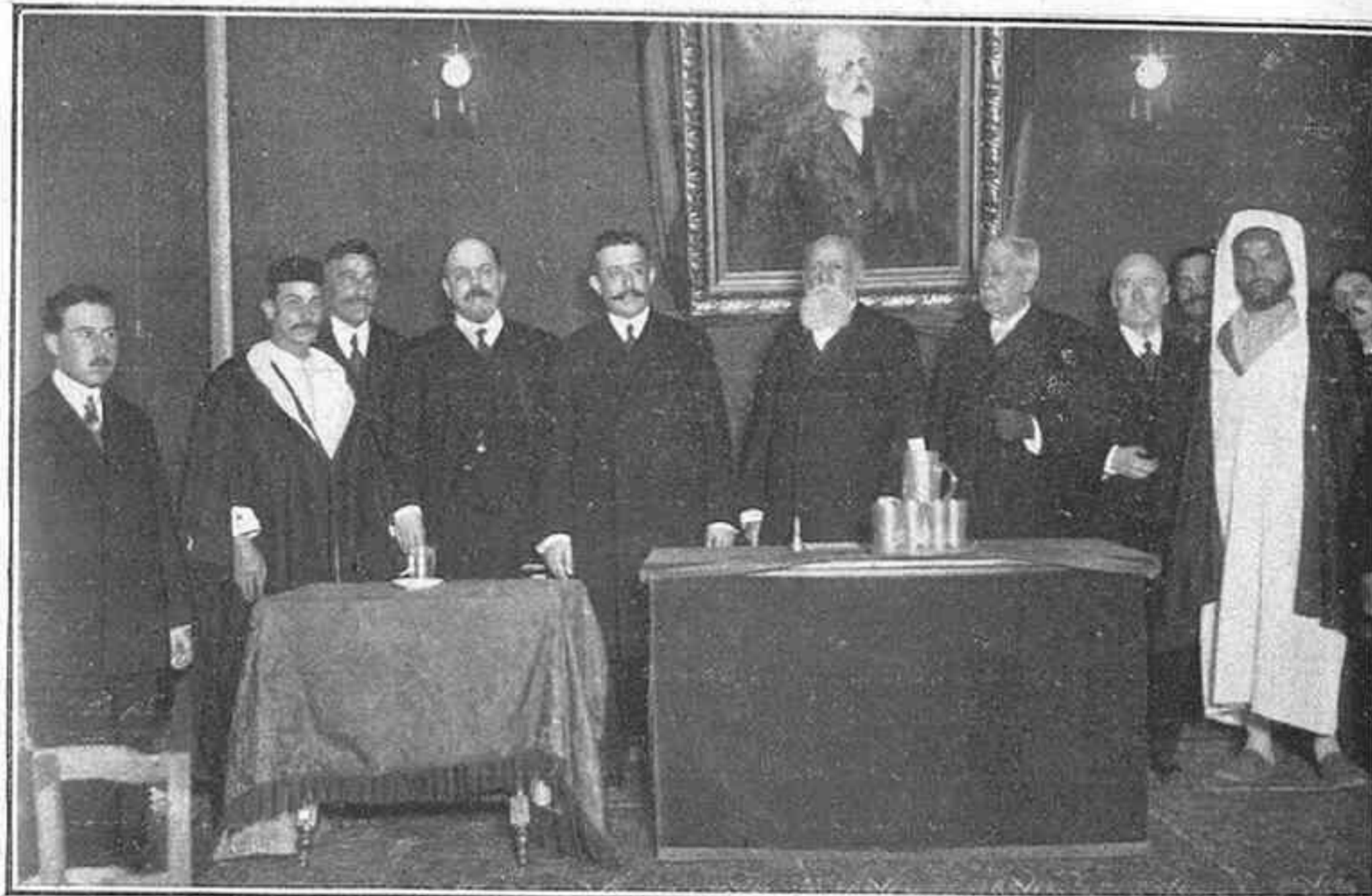


Canje de ratificaciones del tratado franco-español sobre Marruecos

1. El embajador de Francia Sr. Geoffroy. - 2. El ministro de Estado Sr. Navarro Reverter. - 3. El consejero de la embajada francesa Sr. Viégué. - 4. El subsecretario de Estado Sr. González Hontoria. - 5. El jefe del Protocolo Sr. Heredia.



El ministro de Fomento Sr. Villanueva (x) y los miembros de la Asamblea de Cámaras de Comercio e Industria en el Salón de la Bolsa



Inauguración del Museo de productos africanos en el Centro Hispano-marroquí que presidió el Sr. Labra y a la que asistieron varios moros

INNSBRUCK, TIROL
ESTACIÓN DE VERANO Y DE INVIERNO
HOTEL TYROL, DE PRIMERA CLASE
FOLLETO ILUSTRADO CARLOS LANDSEER

Paris
Date de 1849
PUREZA DEL CUTIS
- LAIT ANTÉPHELIQUE -
LA LECHE ANTEFÉLICA
ó Leche Candès
pura ó mezclada con agua, disipa
PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA
SARPULLIDOS, TEZ BARROSA
ARRUGAS PRECOSES
EFLORESCENCIAS
ROJECES.
Pone y conserva el cutis limpio y terso
Casa CANDES
Bº St-Denis, 119

SELLOS DE CORREO AUTÉNTICOS
LISTA DE PRECIOS GRATIS
COMPRA - CAMBIO - VENTA
RODOLFO KEIL, GABLONZ a/N AUSTRIA

AVISO A LAS SENORAS
EL APÍOL DE LOS RES
JOSEPH HOMOLLE
CURA
LOS DOLORES, RETARDOS,
SUPPRESSIONES DE LOS
MENSTRUOS
F^{ta} G. SEGUIN - PARIS
165, Rue St-Honoré, 165
TODAS FARMACIAS y DROGUERIAS

INSTITUTO POLITÉCNICO
FRANKENHAUSEN
Kyffh (Alemania)
Enseñanza de la construcción de máquinas en general y para la agricultura.
Electro-técnica, Arquitectura.

Levadura consistente

¡Novedad!
¡Sin competencia!

florylin

¡LO MEJOR para hacer pan!

es nuestra

florylin

Levadura pura de destilería

florylin

patentada en todos los Estados

florylin

¡Consistente y de impulsión ilimitada!

florylin

¡Indispensable en los países tropicos!

DAUERHEFE-GES. m. b. H.
BERLIN SW 11
Telegramas: «Dauerhefe» - Berlin

TRIUMPH YEAST Co.
LONDON S. E.
Telegramas: «Florylin» - London

ANEMIA DEBILIDAD Curadas por el Verdadero **HIERRO QUEVENNE**
El mas activo y economico, el unico inalterable. - Exigir el Verdadero, 14, R. Beaux-Arts, Paris.

PATE ÉPILATOIRE DUSSE

destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. 50 Años de Éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparación. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el PILLIVORE. DUSSE, 1, rue J.-J.-Rousseau, Paris.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN